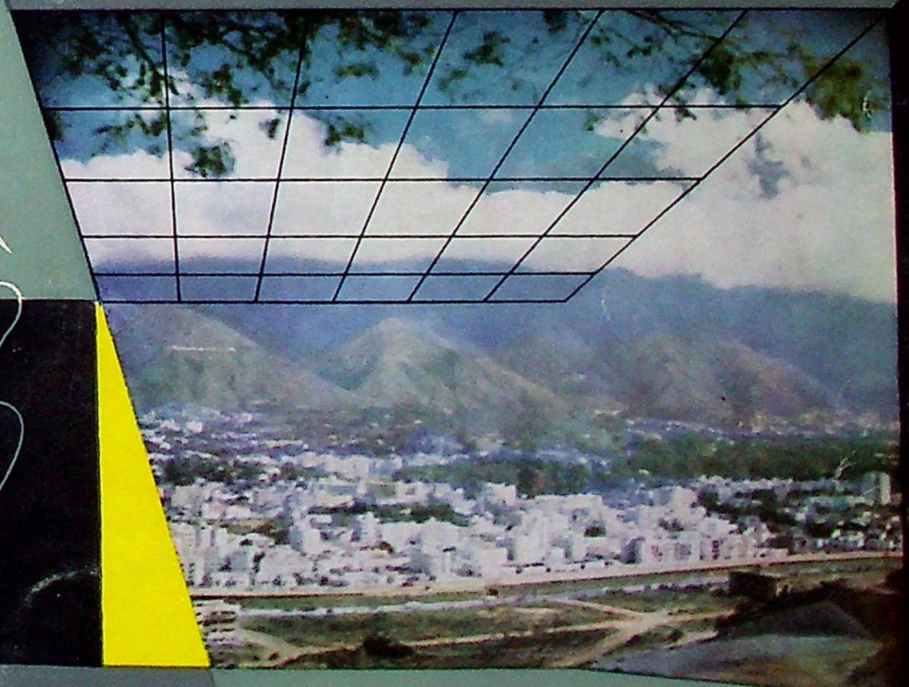
REVISTA SHELL



MARZO 1953

REVISTA SHELL

AÑO II. - No. 6. MARZO DE 1953.



NUESTRA PORTADA

La continua construcción de edificios de varios pisos dentro del área urbana, en las zonas residenciales y en las urbanizaciones obreras, ha comenzado a imponer entre nosotros el apartamento como vivienda. Ello provocará un cambio radical en nuestro concepto de la habitación, así como en las costumbres domésticas, consecuencia de la época en que nos ha tocado vivir.

Tales apartamentos requieren muebles, útiles y objetos de adorno adecuados principalmente a la brevedad de espacio. Por ahora estamos copiando modelos de otros países: pero, indudablemente, dentro de poco tiempo comenzarán a influir en la decoración de nuestros apartamentos los materiales y los motivos venezolanos.

Es lo que deseamos sugerir con la presencia del Avila al fondo en el dibujo de nuestra portada. En nuestro medio, donde casi todos los caminos están vírgenes, la decoración con motivos nacionales ofrece a los artistas y artesanos un campo verdaderamente fascinante.



Vestigios de un riego colonial en la Hacienda "Villegas" de Turmero, Estado Aragua. Mientras el agua corría por la elevada acequia, agricultores y carretas dejaban la huella de un camino bajo las rojas arcadas. (Foto Maxim).

SUMARIO

REVISTA SHELL AÑO II
No. 6 MARZO DE 1953



El hombre del 19 de abril, por *Eduardo Arroyo-Alvarez* 5

El petróleo y nuestro desarrollo económico, por *Alfonso Espinosa* 10

Semana Santa, por *Monseñor Luis E. Henríquez* 14

Vida y alimentación en Venezuela, por *Alí Romero Briceño* 20

La decoración de la casa del hombre, por *André de Raunies* 26

Arte Fotográfico 33

Bolívar y la política de Napoleón, por *Edoardo Crema* 38

Pintores Venezolanos 42

Aspectos y maravillas de Egipto, por *José Ramón Heredia* 44

Visita a la morada de Víctor Hugo, por *Mario de la Viña* 50

Desarrollo del sistema de riego de Suata, por *Gustavo Padilla* 58

Régulo Rico, un olvidado compositor venezolano, por *Wilson José Rojas* 64

Nuestros colaboradores 68





Director: JULIAN PADRON

Editada trimestralmente por las Compañías del Grupo Royal Dutch/Shell en Venezuela. Todo el material que se inserta ha sido exclusivamente solicitado para esta publicación. Reproducción autorizada siempre y cuando se mencione el origen. Esta edición consta de 20.000 ejemplares. Distribución gratuita. Las personas interesadas en recibir esta revista pueden dirigirse al Apartado 809, Caracas. Las opiniones de nuestros colaboradores no reflejan necesariamente las de esta revista.



Ruinas del portón de la Hacienda "Las Salias", situada en San Antonio de los Altos, Estado Miranda. La placa de mármol incrustada en el muro recuerda que de allí salió Francisco Antonio Salias a tomar parte en los sucesos que se desarrollarían en Caracas el 19 de abril de 1810.

EL HOMBRE DEL 19 DE ABRIL

Por EDUARDO ARROYO ALVAREZ.



Retrato del prócer Francisco Salias que se halla en el Concejo Municipal de Caracas.

En sus amenos e ilustrativos "Episodios Venezolanos", don Francisco Tosta García nos ofrece algo así como una galería de cuadros en la cual hallamos, matizada de grafismos, casi toda nuestra historia desde 1810 hasta la post-independencia y el civilismo.

Epilogan tan interesante galería, las principales escenas que precedieron al 19 de abril y que en algún modo se relacionan con esta fecha genuina de la nacionalidad venezolana. Nos cuenta don Francisco acerca de aquel ágape celebrado un mes antes, el 19 de marzo, día del patriarca San José, en casa de cierto isleño de Candelaria, cuyas ideas solidarizábanse con el movimiento que estaba gestándose.

Durante las últimas semanas, en la clandestina penumbra de los cenáculos, olorosos a "jacobinismo", y que en ocasiones solían disfrazar de tertulias literarias, habían venido circulando rumores en torno al cautiverio de Fernando VII en Bayona, y a las ambiciones napoleónicas sobre la corona de España, que el corso deseaba para su hermano José, conocido también entre los españoles guasones por el nombre de Pepe Botella, por su desmedida afición al delicioso zumo de las vides españolas. Semejantes rumores culminaron con la llegada de los emisarios franceses, los cuales venían a "notificar" al pueblo venezolano la renuncia del monarca Borbón y el entronizamiento de José Bonaparte, quien en consecuencia, ejercería también dominio sobre las posesiones americanas.

En apoyo de Fernando VII nombróse en Caracas una Junta con consentimiento del Gobernador, "sin comprender que aquella explosión levantisca, no era otra cosa sino el pretexto que escogía el pueblo para ocultar los motivos de la verdadera agitación que por doquiera bullía, no en el sentido de reconocer este o aquel monarca, sino en el de independizarse completamente de España . . ."

Tales fueron, pues, los signos precursores del magno drama que empezará a desarrollarse en el seno del Ayuntamiento caraqueño el 19 de abril de 1810. Tenía que ser el Poder Municipal, que ya en España había luchado por la soberanía del fuero, quien encauzara la corriente subversiva, aun cuando aparentemente guardara fidelidad al régimen de la Colonia. En el seno del Cabildo había hombres cuyo pensamiento se nutría con los zumos del enciclopedismo; revolucionarios que derivaban su fuerza de las teorías políticas y sociales expuestas en Los Derechos del Hombre, y que los ediles de 1810 solían confundir con un individualismo cercano a la anarquía.

Las grandes revoluciones ejercen sobre los pueblos que las han contemplado desde lejos, algo así como un hechizo, como una fascinación, que los apologistas se encargan luego de exaltar hasta el extremo de la mística y del sacrificio. Mucho de ese poder, lindante con la taumaturgia, puede encontrarse en los insurgentes de 1810, quienes no sólo habían leído a Diderot, D'Alembert, Mably, Montesquieu, sino que también habían experimentado estremecimientos marciales cuando pensaban en la Revolución Francesa.

Y si en la Francia de fines del siglo XVII hombres nuevos derribaron el carcomido andamiaje de la monarquía; si aquellos hombres habían procla-

mado principios inspirados en la más moderna concepción de la historia, también aquí en Venezuela se entronizaba un sistema absolutista, al cual era necesario demoler para edificar sobre bases nuevas la estructura del país.

Esto, en cuanto concierne al influjo del enciclopedismo, de los jacobinos, de la mística revolucionaria francesa, pues en el fondo operaban factores un tanto complejos y de naturaleza distinta. Ahondar en ellos equivaldría a exponer una tesis de sociología e historia que no concuerda con la esencia de estos comentarios, puramente expositivos. Basta decir que sus factores fueron los mismos en virtud de cuyo impulso social y económico se realizaban, desde mediados del siglo XVIII, movimientos como el de Panaquire, encabezado por Juan Francisco de León contra la Compañía Guipuzcoana.

Aunque reprimida con una violencia que echaba mano de los expedientes más radicales, como en el caso de José María España, que es condenado al cadalso, esos movimientos fueron el signo precursor de la tormenta que estaba próxima a desencadenarse. Culminan el 19 de abril, pero con la diferencia de que ahora no ofrecen caracteres de insurrección armada. La historia no es el mecanismo de un reloj donde todo, hasta la última ruedecilla, funciona con una admirable exactitud: el reloj mide el tiempo; la historia nos brinda la materia para conocerlo, sin que por esto se le deba confundir con una simple cronología.

Cabe en ella lo fortuito, de lo cual derívase muchas veces aquel concatenamiento de sucesos que forma "historia", precisamente. Y lo fortuito sobreviene para los revolucionarios de 1810, con la invasión napoleónica de España, con el cautiverio de Fernando VII, quien renuncia la corona en favor de Carlos IV, el cual a su vez la pone en manos del Corso. "Como tales noticias llegaban al mismo tiempo que se sabía la indignación que en España causara tan ignominiosa entrega a los franceses, con el aditamento de que en toda la Península se habían organizado Juntas para defender la Independencia de la Patria, sosteniendo a Fernando VII, los caraqueños, que nunca han sido tontos, formaron mayúscula pelotera, pusieron el grito en el cielo..."

He aquí, a grandes rasgos, el cuadro de los acontecimientos; y aunque en la génesis o significado histórico del 19 de Abril interviniera lo fortuito, ello no altera lo substancial del hecho. Y el hecho lo constituía la voluntad del pueblo caraqueño, en quien había venido madurando la idea de la Independencia. Tal idea tenía necesariamente que personificarse

Alto-relieve colocado en la fachada de la Catedral de Caracas. La leyenda conmemorativa reza: "Pueblo, contempla con amor este lugar sagrado, que fué el primer tabernáculo de la Patria. Aquí brilló esplendoroso el sol del 19 de abril de 1810".





"El 19 de abril", por Juan Lovera, óleo que se encuentra en el Concejo Municipal de Caracas.

en elementos del mantuanismo; es decir, en hombres cuya filiación social y cuyas raíces genealógicas formaban algo así como una nueva clase dentro del patriciado criollo. Eran los Salias, los Bolívar, los Montilla, los Blanco, los Alamo, los Tovar Ponte, los Anzola; unos más, otros menos en el papel que debían protagonizar como actores del grandioso drama, pero todos ellos conscientes de su responsabilidad ante la historia.

De no haber faltado algunos de los conjurados que en la noche del 30 de Marzo debían de efectuar un golpe contra el Capitán General Emparan, con el objeto de establecer un gobierno propio, nuestra historia, acaso, hubiera seguido un curso diferente, y el 19 de Abril no aparecería consignado gloriosamente en nuestro calendario nacional. A raíz de la frustrada intentona urdida en algunos de los conciliábulos que solían reunirse en la Cuadra Bolívar, circularon rumores de que distinguidos personeros de los conspiradores habían vendido el secreto, rumores que afortunadamente para la Historia y para la Nacionalidad, fueron inspirados en el despecho y el miedo de los dirigentes de la política colonial española.

El desasosiego popular era visible desde semanas antes de consumarse los sucesos decisivos del 19 de Abril. En aquella atmósfera caldeada de belicismo era fácil descubrir los signos con que se anuncian en la historia los grandes acontecimientos. Ya nadie podía reprimir aquel fermento revolucionario; ineficaz sería toda medida que se adoptase para conjurar la tormenta; la mecha del polvorín se enciende, podemos afirmar, con las noticias llegadas a Caracas el 17 de Abril, Martes Santo, y las cuales son publicadas al día siguiente por medio de carteles. Como presagio de la marea, el pueblo se arremolina en las calles y plazas, y en todos los grupos suelen comentarse los últimos sucesos de España: éstos eran graves: ocupación de Cádiz por las tropas francesas, disolución de la Junta Central, etc.

Aquella noche, la del 18 de Abril, los conjurados se reúnen temprano en la casa de don Manuel Díaz Casado, resolviendo intentar un golpe para el día siguiente. En la madrugada se congregaron para ultimar los detalles en la casa del Doctor José Angel Alamo en la esquina de San Felipe de Neri, hoy de Santa Teresa, encontrándose presentes los más vehe-



Retrato del Pbro. Cortés de Madariaga, otro de los personajes importantes de la fecha genésica de la Independencia. Oleo existente en el Consejo Municipal de Caracas.

mentes propulsores del movimiento: Ribas, Montilla, Tovar Ponte, Vicente y Francisco Salias, Anzola, y muchos otros conspiradores. Mientras en la alta madrugada, y por entre su doble fila de faroles, desfila el Nazareno de San Pablo, cuya procesión preside el sordo murmullo de los rezos, aquellos hombres discurrían en torno al procedimiento que debía emplearse para deponer al Capitán General.

En la preparación de los acontecimientos son varios los que opinan: "Lo esencial —dice Montilla, uno de los conjurados—, es asegurarnos la mayoría del Ayuntamiento. No sea cosa —continúa en tono jovial— que a la hora de freir los huevos falte la manteca..." Y aquí se destaca el buen humor criollo, que aun en los momentos más solemnes, deja siempre esbozar una sonrisa donde se compendia la psicología de nuestro pueblo.

En la reunión del 18 en la noche priva un clima parecido al de las asambleas jacobinas. Los hombres que se han congregado en las casas antes mencionadas tienen conciencia de su papel histórico, pero ya no explotan como petardos los discursos; el tono de la arenga popular ha desaparecido, para que en su lugar domine, aunque entusiasta y caldeado de fuego marcial, el razonamiento impuesto por las circunstancias. "El César caerá mañana —dice otro de los conjurados—, no por el mortífero puñal de Bruto, sino por la acción poderosísima de la soberanía nacional". Así hablaban los jacobinos esa noche, invocando la soberanía del pueblo, sobre cuya piedra angular han de cimentarse siempre las grandes revoluciones.

Cuando los conspiradores tratan aquella noche sobre la necesidad de aprehender al Capitán General en caso de que éste rehuse comparecer ante el Cabildo, Montilla, siempre jovial, inquiere con el refranero de "¿Quién le pone el cascabel al gato?". Es decir, ¿quién sería capaz de hacerlo prisionero desafiando las bayonetas españolas? Dos hombres se ofrecen. Uno de ellos, Francisco Salias, quien ha llegado aquella misma mañana desde San Antonio de los Altos donde tiene una pequeña propiedad, y quien es un hombre que ha participado ya en conjuras como la del 30 de Marzo.

En toda acción histórica hay una figura central. En la del 19 de Abril es Salias. Tosta García hace de él la siguiente reseña: "Era conocido en Caracas por ser el hijo mayor de la distinguida dama doña Margarita Salias, inteligente y entusiasta patriota, especie de Madame Stael, en cuya casa solariega de la Plaza de San Pablo, celebraban tertulias políticas los hombres más eminentes de aquellos días". Salias representa en aquel episodio de nuestra historia, el concepto, no de la violencia sin freno con que suelen caracterizarse algunos dramas de la Revolución Francesa, pero sí de la fuerza cuya imposición es necesaria, cuando la historia misma le sirve como justificativo. Y esa fuerza hallábase revestida también de un principio legal, o sea, la autoridad del Ayuntamiento. La soberanía popular adquiere entonces un significado, no ya abstracto, sino de hecho, siendo Francisco Salias quien aquel día 19 de Abril comienza a ejercerla.

Aquella no es una conjura al estilo de las que han venido sucediéndose contra el régimen colonial desde 1749 con el movimiento de Panaquire, hasta 1797 cuando don José María España sube al cadalso: es una Asamblea plebiscitaria, cuyos miembros se proponen establecer en Caracas un nuevo Gobierno sin desconocer aún al monarca Fernando VII.

La noche del 18 de Abril quedó planificado cuanto debía hacerse dentro de pocas horas en el Ayuntamiento. Desde muy temprano, en la mañana del 19, en las calles el pueblo dejaba oir un zumbido como de mar próximo a encresparse. En las casonas solariegas, donde manos gentiles acariciaban en otros días el clavicordio o el clavecino, respirábase ahora un aire cargado de misterio, de voces que sisean quebrando las pausas de silencio. Al amanecer del 19, la Catedral hallábase henchida de feligreses para los oficios del Jueves Santo: pertigueros, diáconos, monaguillos, el Deán y el Cabildo, todos los altos dignatarios del Clero Metropolitano, aparecían allí confundidos con las demás corporaciones en espera de la llegada del Capitán General.

Tenía éste su domicilio entre las esquinas de Madrices a Ibarras, y aquella mañana se miraba al espejo, ufano del rico uniforme: tricornio, casaca y espadín, además del clásico bastón, insignia de su poder, con el cual habría de concurrir a las ceremonias. En la Sala Consistorial, situada donde está hoy la Casa Amarilla, habíase reunido el Ayuntamiento, de cuyo seno salieron algunos comisionados que debían entrevistarse con Emparan. Tenían el encargo de comunicarle el deseo de los munícipes, a lo cual el Capitán General respondió: "Está muy bien, señores; dígnense aguardarme un momento que bajaré en seguida a ponerme a las órdenes del muy Ilustre Ayuntamiento..."

Emparan no hizo caso de ciertos subalternos, quienes le dijeron "que la ciudad estaba en la mayor efervescencia, que numerosos grupos armados en su mayor parte y con cucardas tricolores, se dirigían de todos los barrios hacia la plaza de Catedral, en la cual había un numeroso gentío en actitud casi hostil y con manifestaciones subversivas". Una vez en el Ayuntamiento, se le expuso la conveniencia de constituir una Junta Suprema, que "se hiciera cargo del Gobierno".

Comprendiendo que aquello asumía caracteres de conjura para deponerlo en el mando, Emparan echó mano de cuanto recurso oratorio podía para conjurar la tormenta que parecía pronta a desencadenarse. Expuso lo avanzado de la hora, y su premura en concurrir a los Oficios Litúrgicos del Jueves Santo. "Y diciendo y haciendo, agitó la campanilla, abandonó el sillón, y se puso el tricornio en actitud de salir. La confusión y perplejidad reinaron entre los conjurados, mirándose unos a otros las caras sin saber qué partido tomar ante aquel contratiempo inesperado".

Es entonces cuando un acontecimiento inesperado, fortuito, podríamos decir, se sucede. Los conjurados que estaban en las barras decidieron apelar al recurso de la violencia. Emparan hizo su recorrido por la parte Sur de la Plaza Mayor hasta desembocar en la esquina de Las Gradillas, donde se había aglomerado la muchedumbre. Pocos pasos le faltaban para hacer su entrada en el templo, donde le aguardaba un canónigo, hisopo en mano para ofrecerle el agua bendita, cuando surgieron algunos conjurados. Francisco Salias, Montilla, Ribas, "apostados en diferentes puntos de la plaza, profirieron el viejo grito, genuinamente español, repetido por centenares de voces: "A cabildo... A cabildo...!" Francisco Salias avanza hasta la puerta del templo, y en el preciso momento en que el Capitán General va a penetrar en aquél, agarra con ademán resuelto por el brazo al magistrado y grítale: "Os llama el pueblo a cabildo, señor!" (C. Parra Pérez, Historia de la Primera República, 1er. Tomo).

Con un resignado: "Está bien, volvamos a la Sala Consistorial" rubrica don Vicente Emparan el drama de aquel Jueves Santo. Se había cumplido la primera fase de la Independencia Venezolana. Lo que sucede durante el mismo día, una vez reanudada la Sesión del Ayuntamiento, lo registra la historia con pormenores demasiado conocidos: el concurso de Madariaga, la voz del plebiscito que repudia al Capitán General, el establecimiento de un nuevo Gobierno cuyas primeras providencias se dictarían en el sentido de consolidar la República, que tantos héroes sumaría al gentilicio venezolano. Y en el conjunto de los próceres de ese día, se destaca fulgurante el nombre de Francisco Salias, que con el gesto resuelto y ademán decisivo, hace regresar a Emparan al Salón del Ayuntamiento. Era el acontecimiento fortuito, que en ese momento resolvía el futuro de la Revolución venezolana.



Casa de la Hacienda "Las Salias" en San Antonio de los Altos, hoy propiedad de los esposos Juan Cartaya y Dolores de Cartaya.



El Petróleo y nuestro desarrollo económico

Por ALFONSO ESPINOSA.

La propagación lenta de la técnica moderna y la forma en que se distribuye su fruto se traducen en sensibles y manifiestas diferencias en la productividad y en el ingreso por habitante de las diversas regiones del mundo. Las nuevas formas de producir en que la técnica moderna ha venido manifestándose sólo han abarcado una porción reducida de la población mundial. El movimiento se inicia en la Gran Bretaña, se propaga con distintos grados de intensidad a diversos países del continente europeo, adquiere impulso y desarrollo extraordinarios en los Estados Unidos de América y penetra por último en el Japón cuando este país se esfuerza en asimilar los modos occidentales de producir. Se forman así los grandes centros industriales del mundo, en torno de los cuales el resto del sistema escasamente participa en el mejoramiento de la productividad.

Fuera de los grandes centros industriales, el progreso técnico sólo penetra y prende en limitados sectores donde se hace necesario para producir, a bajo costo, alimentos y materias primas destinados a los grandes mercados exteriores. En el desarrollo de este fenómeno, se produce, desde su comienzo, una rigurosa selección de aptitudes. Nuevas tierras —que el desenvolvimiento de los transportes hace accesibles— se incorporan al sistema y reciben hombres, técnicas y capitales para emprender la producción agrícola y minera que los grandes centros industriales necesitan, mientras que otras regiones, menos afortunadas por su fertilidad, su difícil acceso u otra circunstancia adversa, escapan a este proceso de expansión de la técnica moderna y de la economía contemporánea.

Venezuela, durante el siglo XIX y principios del XX, se mantiene prácticamente al margen de la economía mundial y apenas recibe escasa influencia de aquel fenómeno en el desarrollo de sus limitados frutos de exportación. Es en el segundo cuarto de este siglo que Venezuela se incorpora al sistema mundial por medio del desenvolvimiento de su industria petrolera. Esta industria, en corto tiempo, sobrepasa en importancia a la totalidad de las demás industrias del país. Pero la industria petrolera y las actividades que de ella se derivan apenas absorben una parte de la población de Venezuela. El resto queda estancado en formas de vida y actividades económicas atrasadas o poco desarrolladas, sin conexión directa con el mercado mundial.

Se dice que Venezuela es un país agrícola porque la agricultura ha sido la más importante industria poseída por sus nacionales y la que comparativamente ha sustentado el mayor número de personas; pero, en realidad, la economía de nuestro país, en los momentos actuales, se halla sometida a la influencia manifiesta de fuerzas y tendencias poderosas que se originan en las actividades de la industria petrolera y se propagan con rapidez a toda la economía de la Nación.

Desde el punto de vista industrial, en su sentido más amplio, Venezuela presenta dos campos perfectamente diferenciables: el de la industria petrolera, con un alto grado de capitales disponibles y un extraordinario desarrollo técnico en sus operaciones productivas, y el del resto de las actividades del país. En este último campo, que contrasta con el anterior, el proceso de la producción se realiza con un monto de capital real por persona relativamente bajo y con modos de producir atrasados o poco desarrollados en el más amplio sentido del vocablo. Estas circunstancias se reflejan, en mayor o menor grado, en las respectivas producciones de los diversos sectores del país. Según estimaciones del Banco Central de Venezuela, hechas para el año de 1949, el ingreso anual *per cápita* de nuestra población activa sería de Bs. 1.500. Pero el ingreso por persona ocupada es muy distinto en Venezuela, según el sector económico en donde se trabaje. En la agricultura, los ingresos arrojan un promedio anual de Bs. 1.372 por persona, mientras que en la industria, el comercio y los servicios en general, ese promedio llega a más de Bs. 5.000 y en la industria petrolera a más de Bs. 13.000.

El problema del desenvolvimiento económico en nuestro país se concreta, en consecuencia, a elevar el capital existente y a mejorar la técnica de la producción en el segundo de los campos mencionados, y a redistribuir mejor la renta del país en toda la economía de la Nación.

La técnica de producir logra un extraordinario avance en los países desarrollados a consecuencia de una larga y acumulada tradición científica de investigaciones, descubrimientos y experimentaciones y de la disponibilidad de suficientes recursos materiales para llevarlos a cabo. Los modernos modos de producir han sido alcanzados gracias a un largo y sostenido proceso de acumulación de conocimientos y medios materiales utilizables para aumentar la productividad del esfuerzo humano. El desarrollo de la técnica moderna en el campo de la producción está estrechamente unido a la cultura y la riqueza de los pueblos.

Venezuela tiene ante sí un largo camino que recorrer en el campo de la técnica moderna. La experiencia obtenida y los resultados alcanzados en los países económicamente desarrollados podrían ser aprovechados en nuestro país por medio del aprendizaje y la aplicación práctica de los medios descubiertos para mejorar la producción; pero ese proceso, aparentemente simple, tropieza con serias dificultades en su realización.

La asimilación de la técnica en países como el nuestro es particularmente difícil y costosa. El principal obstáculo que se opone al avance general de la técnica en nuestro país es la falta de suficiente personal capacitado para llevar a conocimiento de los productores y hacer practicables por éstos, los nuevos procedimientos productivos. La experiencia nos demuestra que, aun en el caso de simples mejoras fácilmente aplicables a la agricultura, como el uso de fertilizantes, mejores semillas y un adecuado sistema de rotación de cosechas, los organismos oficiales tienen necesidad de un numeroso y preparado cuerpo de expertos, que no son fáciles de encontrar en nuestro medio, y de un organizado y bien provisto servicio de extensión, propagación y divulgación que sea capaz de alcanzar y penetrar la masa dispersa de nuestros productores y campesinos. Pero esto no es todo. Para que ese cuerpo de funcionarios pueda realizar una labor efectivamente útil se hace indispensable que la masa de población interesada posea un nivel mínimo y básico de educación y de cultura que le permita recibir y asimilar debidamente los nuevos conocimientos que se propagan.

La educación y la cultura que reclamamos para nuestro pueblo no la concebimos como el resultado de un simple proceso de transmisión de conocimientos. Aspiramos a un cambio radical —ya iniciado— en el pensamiento y la actitud espiritual de nuestra población, que poderosamente contribuya a modificar la estructura económica y social de nuestro país

y a reavivar la iniciativa y el incentivo de las actividades productivas. El progreso económico sólo ocurre donde el pueblo cree que puede lograrlo con su esfuerzo. Esa es la lección que hay que enseñar a través de nuestras instituciones educacionales, políticas, económicas y sociales.

Pero no basta que creamos en el progreso. Es necesario, además, que lo consideremos digno de nuestro esfuerzo y de consagrarle nuestras aspiraciones individuales y colectivas. Nadie estaría dispuesto a hacer esfuerzos de producir riqueza si el poder, la influencia y los beneficios sociales que se persiguen son fácilmente alcanzables por otras vías.

Guarda estrecha relación con los obstáculos que hemos indicado antes y constituye además otro grave obstáculo al desenvolvimiento de nuestro país la falta de disponibilidad de capitales en cantidades suficientes para llevar a cabo la preparación de nuestro material humano, que consideramos de máxima importancia, la constitución de bienes de capital que den cuerpo y consistencia al progreso económico y la ejecución de las obras y facilidades indispensables para fundamentar y hacer posible y práctico el desarrollo de nuestros propios recursos nacionales. Tanto en el campo de la agricultura y de la ganadería como en el de la industria manufacturera, el costo de los bienes de capital, como instalaciones y maquinarias, está muy por encima de la capacidad adquisitiva de muchos de nuestros productores. Además, antes de que el avance de la técnica pueda realizarse y producir frutos opimos y satisfactorios en los diversos campos de la producción doméstica, se hace indispensable que se inviertan —como se ha venido invirtiendo hace algún tiempo— gruesas sumas de dinero en industrias y facilidades básicas, tales como fuerza eléctrica, irrigación y medios de comunicación, que rebasan la limitada capacidad económica de las empresas privadas y constituyen el campo propio de la inversión pública.

Algunos problemas especiales hacen aún más costoso el proceso de nuestro desarrollo económico. La técnica de los grandes centros industriales no puede ser simplemente transferida a Venezuela. Necesita con frecuencia que se la adapte a las necesidades de nuestro país para que su aplicación pueda resultar satisfactoria. Las pruebas de fertilizantes son indispensables para descubrir lo que nuestro suelo reclama y quizás se necesite producir nuevos tipos de plantas y de ganados y ajustar los equipos y procesos manufactureros al clima y a otras condiciones locales. Algunos de estos trabajos podrían ser hechos en institutos extranjeros de experimentación con reconocida experiencia en la materia; pero necesitamos desarrollar y fortalecer nuestros propios institutos y medios de investigación si queremos que la enseñanza y la obra que se realicen puedan ser asimiladas y desenvueltas dentro de una propia y genuina tradición venezolana.

El problema principal, en materia de técnica, radica en el entrenamiento del personal requerido para planear y dirigir el desenvolvimiento económico, si es que éste ha de ser promovido e impulsado en forma voluntaria. Venezuela necesita ciertamente importar gran parte de ese personal. No compartimos sin embargo la opinión de quienes creen que la propagación de los conocimientos técnicos, de las reformas y mejoras introducibles en nuestros actuales modos de producir, deban estar siempre a cargo de personas de un alto nivel académico, universitario o escolar. Es indudablemente necesario que entre los dirigentes económicos del país existan hombres de una sólida formación científica y de una reconocida preparación y capacidad prácticas en la aplicación y trasmisión de sus conocimientos; pero quizás lo sea todavía más, dadas las actuales condiciones de nuestra vida económica en su aspecto panorámico, que un numeroso grupo de personas adiestradas en cursos breves de marcado carácter práctico o de otra manera se diera a la tarea de propagar los conocimientos que puedan ser asimilados por las diversas capas productoras del país. Estamos en un período en que la mayor parte de nuestra población trabajadora carece de conocimientos elementales en la técnica moderna y posee hábitos de vida que pueden ser fácilmente superados por medio de una enseñanza práctica. No hay duda de que el país confronta determinadas situaciones, en gran parte excepcionales, que requieren mayores conocimientos y aptitudes que los que pudieran exigirse para aquella labor elemental y práctica. Pero también es indudable que lo que más y con mayor urgencia necesita Venezuela puede ser hecho por personas capaces y debidamente preparadas para la labor práctica de una enseñanza básica que podríamos llamar primaria en la educación de nuestro pueblo.

El entrenamiento del personal técnico es relativamente simple si se le compara con el de los directores, administradores y hombres de empresa o de negocio. El técnico lleva en sí una parte doctrinaria, adquirida en la escuela, que su práctica profesional complementa y perfecciona; pero el otro tipo de personal se forma y capacita fundamentalmente en el ejercicio de su propia actividad. En Venezuela —como en muchas otras partes— no existen amplias oportunidades para practicar ese ejercicio. El personal utilizado en las diversas actividades productivas goza de poca movilidad vertical. El empleo de alta jerarquía está generalmente limitado a un reducido número de individuos. Las escuelas especializadas, por una parte, y el movimiento cooperativo, las uniones de trabajadores y algunas otras formas de agrupación de la iniciativa y del trabajo individuales, por la otra, podrían eficazmente contribuir a la formación y preparación de promotores y directores de empresa. El entrenamiento de este tipo de personal es de capital importancia para el desarrollo económico

de nuestro país. Muchas de nuestras industrias pudieran aumentar substancialmente su producción, aun con el mismo equipo y la misma fuerza de trabajo, si tuvieran a su disposición mayor número de directores eficientes.

Hemos dicho en otra oportunidad —y repetiremos ahora— que el problema inmediato de la economía venezolana no consiste tanto en elevar la renta nacional como en distribuirla mejor. La formación de capitales no constituye una necesidad aguda entre nosotros. Los ingresos y los ahorros que de ellos se derivan los proporciona actualmente el petróleo con relativa abundancia. Pero no debemos olvidar que el progreso económico y el bienestar futuro del país deben basarse en la máxima movilización y utilización de todos los recursos financieros. En general, carecemos de hábitos de ahorro y de instituciones adecuadas para promoverlos. Las costumbres de nuestra población arrojan un notable desperdicio en el consumo, exiguo de por sí, y una manifiesta y fuerte inclinación al juego y al azar que desmoraliza el espíritu del pueblo, agota la fuente de sus fuerzas económicas y destruye su fe en sí mismo y en los medios a su alcance.

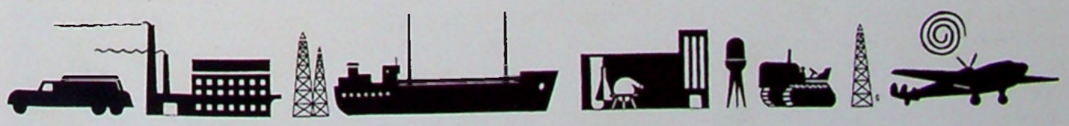
El progreso económico de un país depende, en gran medida, del porcentaje de su renta que ese país invierte en obras y empresas productivas. La rata de formación de capitales en Venezuela no es baja si la tomamos en su conjunto; pero presenta algunas deficiencias si la analizamos en sus diversas partes. En 1949, se invirtió en el país la cantidad aproximada de 1.500 millones de bolívares en bienes de capital, según cálculos del Banco Central de Venezuela. Esa cifra equivale al 20% de los ingresos totales de la población venezolana en el indicado año. Pero los capitales invertidos, según la fuente de donde provienen, se reparten así:

Particulares	268 millones
Empresas privadas	600 millones
Gobierno Nacional	650 millones

Puede decirse, por tanto, que los particulares y las empresas privadas en Venezuela sólo ahorraron el 12% de los ingresos en 1949. Además, es de advertir que la totalidad de los recursos financieros indicados fué invertida así: 54% en la constitución de capital de consumo (construcciones y obras públicas); 12% en aumentar las reservas internacionales del país (oro y depósitos en moneda extranjera), y sólo el 33% en la constitución de bienes llamados propiamente de producción, entre los cuales, sin embargo, aparecen incluídas apreciables y sustanciosas cantidades destinadas a la constitución y ampliación de empresas comerciales y al aumento de sus inventarios.

Las inversiones de la década anterior a 1949 acusan las mismas tendencias anotadas en ese año, según trabajos que han sido hechos. Las inversiones del Gobierno Nacional del 1-12-38 al 31-12-48 fueron aproximadamente de 1.650 millones de bolívares, repartidos así: 1.225 millones en vías de comunicaciones y otras construcciones públicas y 425 millones en fomento directo a la producción y en el establecimiento y desarrollo de servicios de comunicación y transporte, en su mayor parte. En el sector privado de la economía nacional, la formación de capital entre 1938 y 1948, excluído el año de 1942, puede estimarse en 1.470 millones de bolívares aproximadamente. De esa cantidad, 689 millones de bolívares fueron destinados a construcciones privadas.

En el proceso esbozado se destaca de manera notable el extraordinario crecimiento de la inversión en tan corto período. La de 1949 es casi el doble de la de los diez años anteriores. Ese rápido crecimiento es consecuencia manifiesta del aumento de los ingresos nacionales originados en el desarrollo y productividad de la industria petrolera. Las divisas que esta industria trae al país pasan de 66 millones de dólares en 1940 a 675 millones en 1948. Esta masa de recursos financieros desarrolla principalmente las importaciones, el comercio, la construcción y los servicios en general. Aproximadamente, el 81% de las entradas por concepto del petróleo, de 1938 a 1948, volvió al exterior para pagar el valor de las importaciones; pero el 58% de ellas ingresó nuevamente al país en forma de bienes que incrementan el capital nacional.





Semana Santa

Por Monseñor

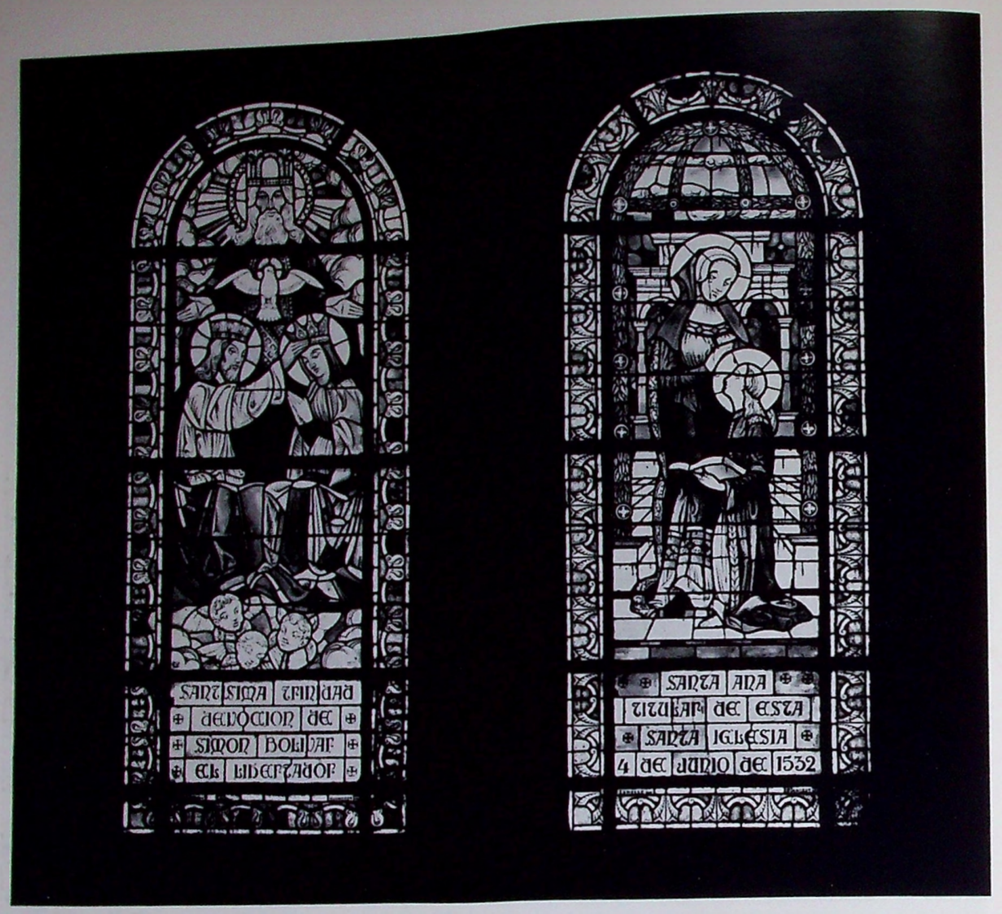
LUIS E. HENRIQUEZ.

Vuelve la Semana Santa como una flecha candente que atravesara el corazón de la multitud. Las iglesias desbordan del río humano que las penetra y estremece. Las teorías violetas de los nazarenos repasan las calles convulsionadas de nuestra ciudad moderna, trayéndole un tinte y un sabor de tiempos idos. Entre el rumor de plegarias que vuelan de decenas de millares de labios, y el resplandor viviente de las velas y los corazones, como un lirio morado se alza el Nazareno de San Pablo, o la mirada dulcísima de la Soledad de San Francisco, azucena marchita en el muro desolado de la Pasión.

Esta compenetración del pueblo con los divinos misterios de la vida de Cristo es una de las características del catolicismo. Aquí son los misterios dolorosos; antes fué el parpadear de estrellas y el repicar de las campanitas de oro de la Noche de Navidad; después será el triunfal aleluya, que se eleva como la cruz viviente y alegre de la alondra que traspasa la mañana gloriosa de la Pascua de Resurrección.



Vitral de la Iglesia del Corazón de Jesús de Caracas.



Vitrales de la Catedral de Caracas.

La Iglesia ha encontrado el medio de perpetuar y renovar con el año litúrgico la vivencia de los grandes misterios del Salvador en los corazones de los fieles.

La celebración de la Pascua de Resurrección —misterio central— con su correspondiente tiempo de preparación, en oración y ayuno, de la Cuaresma, y transido recuerdo de la Pasión en la última semana, se remonta a las fuentes mismas de la Iglesia, hasta los Apóstoles de Cristo. En la primitiva Iglesia el tiempo de Cuaresma, empapado ya del recuerdo doloroso de los sufrimientos de Cristo, se dedicaba, como todavía aparece en la liturgia, además de la oración, ayuno y obras de caridad, a dos fines eminentemente prácticos: a la reconciliación de los penitentes públicos (toda falta pública tenía su correspondiente penitencia) y a la preparación para el bautismo a los Catecúmenos.

Al final de la Cuaresma y semana de Pasión, este contrapunto se amengua y poco a poco se extingue; los temas prácticos, pasados a segunda línea insensiblemente desaparecen; para abrirse paso, solitario, anchuroso y doliente el tema primario de la Pasión. La figura de Cristo, varón de dolores y humillaciones por amor de los hombres, se presenta en toda la liturgia. Pero en medio del dolor exalta la esperanza de la salvación; al fondo está la sombra de la Cruz, siempre presente, pero no tétrica y fatal, sino como "árbol esbelto y refulgente, ataviado con la púrpura real", como se canta esos días en el himno "Vexilla Regis" de Venancio Fortunato.

La primera semana de Pasión se conmemoran los últimos seis meses de la vida pública de Jesús, sus grandes polémicas con los judíos, las persecuciones tenaces y encarnizadas de sus enemigos.

La segunda y última, la Semana Santa por antonomasia, está toda ella transverberada por la muerte de Cristo, es un ocaso magnífico iluminado por los últimos destellos del Sol de Justicia. En ella se escucha el eco prolongado y dulcísimo de las últimas palabras de Cristo; en medio de sus tinieblas, brillan como estrellas lejanas y purísimas, pero siempre presentes en los corazones, las lágrimas de María. A su fin la liturgia se remansa en el silencio germinal del sepulcro; toda la Iglesia se concentra y acompaña la esperanzada espera de María, que se abrirá esa noche, como una flor magnífica, al son de las campanas de la Resurrección.

Nuestros pueblos latinos, más exteriores y comunicativos, han expresado plásticamente estos sentimientos en los "Pasos" de la Semana Santa. Desde los espléndidos y medioevales de Sevilla, hasta los más humildes y sencillos de un insignificante pueblecillo de nuestra patria, pero llevados por calles y veredas, por la multitud transida de devoción, nos recordarán en forma dramática y colorida, las últimas horas de la vida mortal de Jesús. La dolorosa teoría irá pasando delante de nuestros ojos, con un sentimiento siempre nuevo, a pesar de llevarla grabada en nuestras pupilas desde nuestra infancia: La angustia presentida y ya pregustada de la Madre en el Viernes del Concilio, la Agonía del Huerto, los Azotes en la columna, la Humildad y Paciencia, el Nazareno, Cristo Crucificado, la Dolorosa con sus siete puñales, San Juan el Discípulo predilecto, y el llanto de todas las buenas y compasivas mujeres del mundo en las Tres Marías.

Esto que el pueblo representa en forma plástica y colorida, lo expresa la Iglesia en su Liturgia, toda ella centrada en la vivencia del gran misterio. Se viste de luto riguroso, pide a David sus salmos más dolientes y conmovedores, y de los labios resecos de Jeremías toma las más desoladas Lamentaciones, haciéndonos regustar el salobre sabor de las últimas lágrimas de los resecos ojos del Profeta.

Cubre con telas moradas sus retablos, imágenes y crucifijos, para significar que Cristo veló su divinidad, dejándose prender y torturar, como si fuese sólo hombre y hombre criminal. Cubre también las imágenes de los Santos, significando que también los hijos deben de participar de los dolores del Hijo de Dios, y ocultar su gloria cuando la del Salvador está obscurecida ante los ojos de los hombres. Sin embargo este dolor no es tétrico, sino esperanzado y fructuoso. El Prefacio de la Misa de estos días canta con aire de triunfo: "En verdad es digno y justo... darte gracias a Ti, Padre Todopoderoso... que *pusiste* la salvación del género humano en el árbol de la cruz, para que de donde salió la muerte de allí renaciese la vida, y en que un árbol fué vencido, venciese en árbol por Cristo Nuestro Señor..."

No podemos menos de recordar algunas de las ceremonias litúrgicas más conmovedoras de estos días. El Domingo de Ramos, cuando se conmemora la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. El altar está adornado únicamente con palmas o ramos; antes de la Misa Solemne se bendicen, rociándolos con agua bendita y se inciensan. Se reparten entre los fieles, mientras el coro canta la antífona "Pueri hebreorum", que recuerda los vítores de los niños de Jerusalén en este día; y de seguida se ordena la procesión, todos llevando ramos o palmas salen de la Iglesia, cuyas puertas se cierran. Al regreso, la comitiva se detiene ante las puertas cerradas: adentro se escuchan las voces infantiles que cantan el himno "Gloria, laus" ("Gloria, alabanza..."), cuyo estribillo responden los de afuera, tejiendo



Vitral de la Santa Capilla de Caracas.



Vitral de la Catedral de Caracas.

un diálogo de alabanzas a Cristo Rey. (Este himno lo compuso en 818. Teodulfo, Obispo de Orleans, entonces prisionero en Angers, al ver pasar desde su ventana de la prisión la procesión de Ramos). El subdiácono golpea con el pie de la cruz procesional las puertas y éstas se abren de par en par.

El Miércoles, Jueves y Viernes Santos se canta por la tarde el Oficio de Tinieblas, donde reescuchamos, cantados con una melodía rebosante de tristeza y melancolía, las Lamentaciones de Jeremías. En el altar están encendidas seis velas, además el Tabernario, o candelabro de 15 brazos, con catorce velas amarillas y una blanca. Al terminar cada salmo se apaga una vela amarilla del Tabernario, y al cantarse el "Benedictus", se extinguen las del altar. Terminado éste, se oculta detrás del altar la única vela blanca que ha permanecido encendida. El coro entona uno de los gritos más desgarradores de dolor y súplica que haya brotado de corazón y labios humanos, el Miserere de David, en la total obscuridad de la Iglesia. Al terminar se produce un leve ruido de manos y libros, y reaparece la luz blanca oculta tras del altar, y con ella todas las luces del templo. Esta ceremonia simboliza el total abandono de Cristo por parte de sus amigos y discípulos; El es la única luz encendida, que tras leve esconderse en el sepulcro, reaparece gloriosa. Pero nuestro pueblo venezolano, tan amante de la Madre del Redentor, ha hecho una leve variante en el simbolismo: para él la vela blanca es María, cuya amorosa fidelidad no se apagó jamás sino siguió a Cristo hasta la Cruz y el sepulcro.

No quiero alargarme más recordando los Oficios de Jueves y Viernes Santos, pletóricos de simbolismo y sentimientos; ni las visitas a los Monumentos, olorosos a manzanilla, ni el conmovedor recuerdo de las últimas Siete Palabras de Cristo.

Semana Santa, semana de dolor y de amor, recuerdo vivo y plástico de la muerte de Jesús, flecha candente que traspasa el corazón de las multitudes. Miles de corazones se hacen lámparas votivas ante el dolor insondable de los ojos del Nazareno, y de los labios vuelan las plegarias, golondrinas confiadas, para posarse en los siete puñales y en las manos pálidas y liliales de María.



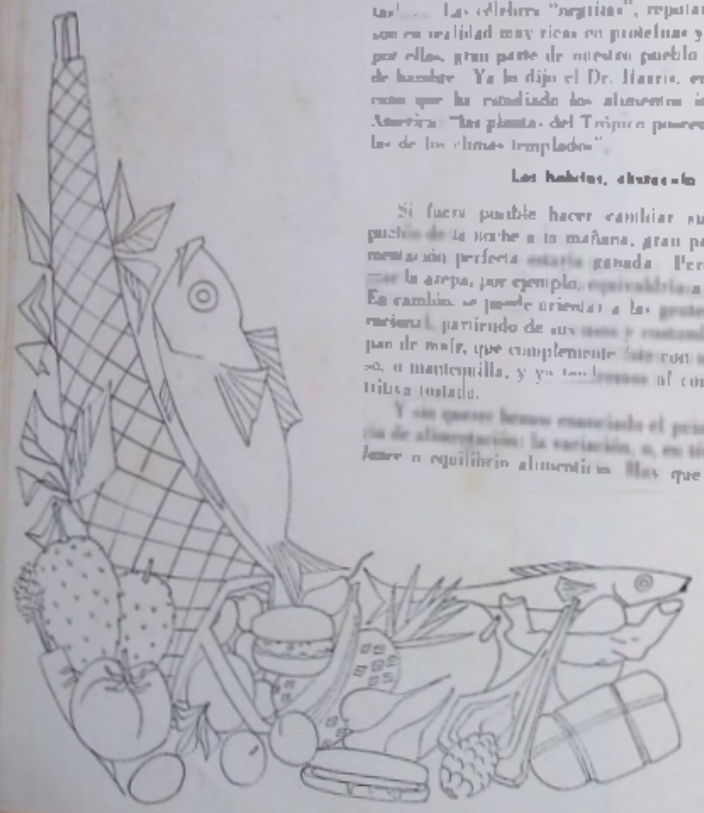
Vitral de la Santa Capilla de Caracas.



Vitral de la Catedral de Caracas.

VIDA Y ALIMENTACION EN VENEZUELA

Por ALBERTO ROMERO BRICEÑO.



La Nutrología tiene una historia breve en Venezuela; sin embargo, ya hay suficientes revelaciones como para asombrar con una especie de "bonque Ud. no lo cree" a la mayoría de los venezolanos. Por ejemplo, siempre se creyó que la arepa alimenta más que el pan de trigo; el laboratorio ha descubierto que no sólo no alimenta más, sino que sabe poco y que apenas sirve para llenar el estómago y suministrar un poco de hidratos de carbono, es decir combustible. Muchos otros errores han sido rectificados mediante la investigación. ¿Quién ha preferido nunca una fruta criolla a una manzana o una pera? Son errados, un mango contiene más vitamina "C" que diez peras, aunque no estimule tanto como el semaruco, especie de cereza autóctona, conocida desde la Conquista pero sólo revelada ahora como la fruta más rica en vitamina "C" entre todas las del mundo. ¡Y las caraotas!... Las célebres "negritas", reputadas como símbolo de pobreza, son en realidad muy ricas en proteínas y almidón y hierro: si no fuera por ellas, gran parte de nuestro pueblo hubiera perecido literalmente de hambre. Ya lo dijo el Dr. Harris, eminente nutrólogo norteamericano que ha estudiado los alimentos indígenas de varios países de América: "las plantas del Trópico poseen mayor poder alimenticio que las de los climas templados".

Los hábitos, dificultad mayor

Si fuera posible hacer cambiar sus hábitos alimenticios a un pueblo de la noche a la mañana, gran parte de la batalla por una alimentación perfecta estaría ganada. Pero esto es irrealizable. Desterrar la arepa, por ejemplo, equivaldría a desencajar el cerro del Avila. En cambio, se puede orientar a la gente hacia una alimentación más variada, partiendo de sus usos y costumbres. Digasele al idólatra del pan de maíz, que complemente éste con un buen relleno de carne, queso, o mantequilla, y ya tendremos al consumidor de la sabrosa y nutritiva tostada.

Y sin querer hemos esbozado el principio más elemental en materia de alimentación: la variación, o, en términos menos vulgares, el balance o equilibrio alimenticio. Hay que comer de todo, si se quiere

Complemente el pan de maíz con un buen relleno de carne, queso o mantequilla y tendrá la sabrosa y nutritiva tostada. (Cortesía del IAN).





Los siempreverdes mangos hermosean el paisaje, dan sombra a los hombres y a los animales y uno de sus frutos contiene más vitamina "C" que 10 peras.

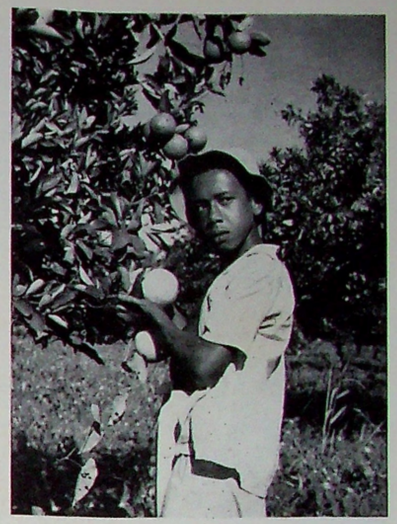
estar bien nutrido. Cada alimento encierra una clase o un orden determinado de nutrientes, por lo que resulta imposible obtener de uno o de pocos productos todo lo que nuestro organismo requiere para mantenerse en buen estado de funcionamiento. Las proteínas —contenidas especialmente en las carnes, el pescado, la leche y los huevos— reponen nuestros tejidos gastados por el diario vivir; las legumbres y las hortalizas nos suministran principalmente vitaminas y sales minerales; y el pan, el azúcar, las grasas y las féculas en general, nos dan la energía indispensable para trabajar y movernos.

El arroz es otra cosa

He aquí un alimento que, junto con las caraotas, constituye una especie de símbolo de la nacionalidad. Los venezolanos estamos consumiendo arroz, como mitad de la alimentación habitual, desde el comienzo mismo de la población de nuestro territorio. Sin embargo, puede afirmarse que poco hemos sacado de este famoso producto. En efecto, el arroz pulido, blanco, tal como más lo estimamos, contiene fécula y muy pequeñas cantidades de vitaminas; es un elemento energético, comparable al azúcar; esto se debe a que al descascararlo y pulirlo, pierde su mejor parte desde el punto de vista alimenticio. Gran cantidad de vitaminas y de sales minerales que están en el barniz del arroz entre la cáscara y la parte blanca del grano, se van en ese pulimento. Y es por eso que algunos gobiernos, como los de Filipinas, Cuba y Puerto Rico, han establecido el enriquecimiento del arroz, o sea la adición de las sustancias nutritivas que pierde al ser pulido. "¡Soberana majadería!", dirá el lector. ¿A qué quitar algo que vale tanto para añadirlo luego? La razón es que si se ofreciera a la venta el arroz descascarado solamente, sin pulir, con el color amarillento que tiene, nadie lo compraría; y en cambio, cuando se le agregan vitaminas y minerales después del pulimento, queda igualmente blanco y más nutritivo.

¿Es puramente económico el problema de la alimentación?

He aquí una pregunta que se hace todo el mundo en Venezuela. Pero se la hace para contestar casi siempre que sí. Y se responde *sí* sin examinar bien el asunto. Pero los entendidos opinan diferente. En realidad, el problema de la alimentación suficiente depende en gran parte del jornal o del sueldo que gane el padre de familia —o la madre, si es ella



Citrus y lechozas cultivadas en la Colonia "Guayabita" del Estado Aragua. (Cortesía del IAN).





Un cultivo de caraotas en Turén: las célebres "negritas", reputadas como símbolo de pobreza, son ricas en proteínas, almidón y hierro. (Cortesía del IAN).

quien sostiene el hogar—, pero sólo en parte. Esto quiere decir que si todos supieran distribuir atinadamente su dinero entre las distintas necesidades, el presupuesto familiar estaría mejor equilibrado y esas necesidades mejor satisfechas. Esto requiere, también, cierto conocimiento sobre la cantidad de cada alimento que necesita diariamente cada miembro de la familia, según su edad, su sexo y la actividad que desarrolle. Si la madre de familia posee esta información no comprará mayor cantidad de artículos que la necesaria y tampoco adquirirá menos de lo que es menester. Y no excediéndose en algunos ni quedándose corta en otros, tendrá mejor provista a su familia de *todos* los nutrientes indispensables y podrá, a la vez, economizar.

Y no hablemos de los clásicos enemigos de la bonanza familiar, porque son de antiguo conocidos: el juego, los dispendios de botiquín, etc., ni de otro en el que seguramente la generalidad no ha reparado: la poca preparación de muchos para ganarse la vida. Hemos nombrado al clásico "toero" venezolano, el que es "maestro de todo y oficial de nada" y que cuando por su escasez de condiciones ve enflaquecer a su familia, le echa la culpa a "la política", al "capitalismo", o cuando menos a "la suerte"...

Daño hace no comer...

Cuando de vida y aventuras de la comida en Venezuela se trata, no se puede omitir el capítulo de los prejuicios. Y hay que comenzar diciendo que, casualmente, ningún prejuicio en materia de alimentación, favorece en algo al individuo, sino todo lo contrario. Aquel, por ejemplo, que pone en capilla a la naranja porque "en la mañana es oro, en la tarde plata y por la noche mata", priva a quien cree tal pamplina de una buena ocasión de ingerir su ración de vitamina "C", la que, entre otras virtudes, posee la estupenda de prevenir las infecciones. No menos daño hizo quien inventó que el cambur con leche hace daño, y que el mamey es *pesado*, y que el limón agua la sangre y baja la tensión. Si los mangos descomponen el estómago es porque algunos glotones se atizan quince o veinte de una sola sentada, y entonces no es la fruta, sino la grasa que contiene y que se acumula por la enorme cantidad consumida, lo que produce la indisposición. Finalmente, y para no continuar el rosario de majaderías que la imaginación popular teje en torno de las "ligas" de alimentos y otras cosas parecidas, asentemos que, respecto a la comida, lo único que de verdad hace daño es no comer; y que cuando nos enfermamos en relación a esto, más peligroso que comer una cosa es no comerla.

El pavo y el jamón

Hay expresiones populares que desaparecen después de cierto tiempo; otras permanecen décadas, siglos. En 1850, por ejemplo, el cronista más bilioso



Cultivo de tomates en la Colonia Agrícola de Chirgua. (*Cortesía del IAN.*)

que ha tenido Venezuela, el señor Núñez de Cáceres, afirmaba que entre las mayores ridiculeces de nuestro pueblo estaba la de creer que el pavo y el jamón eran los símbolos del máximo bienestar y de la mayor distinción. Todavía está vigente esa manera de decir. Sin embargo, pavo y jamón, signos de la opulencia, no son esencialmente más provechosos al cuerpo y a la salud que otra carne cualquiera, pues todas proporcionan proteínas, grasas y vitaminas. En contrapartida, Núñez de Cáceres denunciaba a las caraotas como imagen de la miseria, junto con el "novillo", del cual los pobres se atracaban las tres veces del día. El ya célebre cronista sabía poco de alimentación. ¡Ojalá pudieran los venezolanos de hoy atracarse de novillo en cada una de sus colaciones! En efecto, la carne de res representa un recurso milagroso. Los llaneros de Páez casi no comían sino carne, las más de las veces sin sal y medio cruda.

Turbulencia y digestión

Núñez de Cáceres —algún día nos referiremos extensamente a sus desahogos— vivió en un tiempo verdaderamente idílico, más que propicio a la buena digestión, condición indispensable para una nutrición ideal. No tenemos tanta fortuna los habitantes de la ciudad moderna, convulsionada por el tránsito automovilístico y agitada por las mil angustias de la vida actual. Malhaya aquellas calles empedradas y decoradas de verde césped, por cuyo angosto cauce circulaba una población escasa y sin prisa, aquel andar a pie sin tribulaciones, aquella paz que ningún ruido estridente perturbaba!... Aquellas casonas enventanadas y abiertas a la luz y al aire puro, en el vasto patio que una fuente cantarina mantenía fresco y alegre!... Aquellos almuerzos familiares en el espacioso comedor donde una mesa de caoba reunía a toda la familia en animada tertulia, mientras humeaba el suculento hervido!...

Hoy el higienista tiene que lamentar la angustia por la vida que pone al organismo en un estado de espasmo y de inhibición a la hora de deglutir apresuradamente el condumio servido en un estrecho rincón de apartamento llamado "living-comedor", sin tiempo para echar la siestecita y con la mente puesta ya en las angustias de la otra mitad del día. Y se pregunta: "¿Por qué corre la gente, por qué se atropella y se desvive?". "¿Es más feliz que antes?".

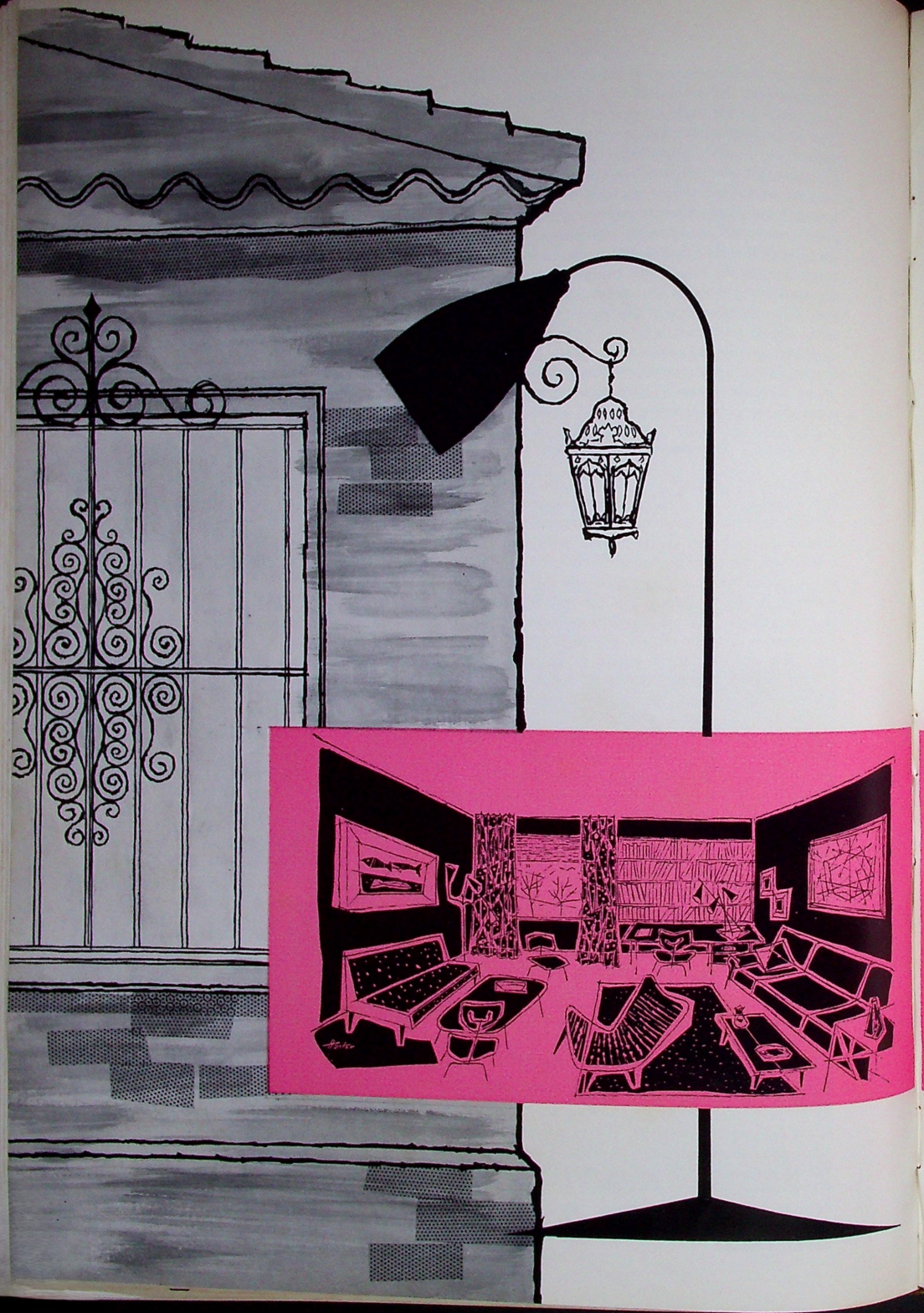
Contra modernismo, educación

La moderna ciencia de la Nutrición —uno de los lados positivos y compensatorios de esta forma moderna de la vida— responde a esas y a otras inquietantes preguntas con una serie de consejos. Domine sus preocupaciones —dicen los entendidos— y descanse antes de sentarse a la mesa, para que sus comidas le aprovechen. Nútrase bien, para que resista mejor los embates de la moderna existencia. Coma de todo y especialmente carnes, pescado o huevos; legumbres y hortalizas; leche y frutas. Entérese del papel de las vitaminas, de las proteínas, de las sales minerales. Mastique lentamente, para que no cave su fosa con los dientes. Procure un ambiente pacífico y agradable en la mesa. Aléjese de las bebidas alcohólicas. Duerma lo necesario.



El semeruco, cuyo fruto, especie de cereza autóctona, es la más rica en vitamina "C" entre todas las del mundo.

Mientras tanto la vida sigue su curso. Los técnicos discuten. Algunos economistas afirman que el suelo venezolano no puede alimentar, con sus propios recursos, a más de tres millones de habitantes, mientras que ya alberga cinco. Otros vaticinan horrores para cuando la riqueza petrolera nos abandone y no haya con qué pagar las importaciones de alimentos. Unos abogan por la inmigración, porque aumenta el consumo y por ende ensancha el mercado de la producción. Otros la reprueban, porque agrega bocas a las muchas que ya han perdido su ubicación en nuestra tierra. ¿Serán suficientes las armas de la Cultura, entre ellas la de la educación alimenticia, para conjurar los peligros? Cuando se piensa que en la India el ganado, en lugar de alimentar al hombre, consume los alimentos que a éste le tocan, porque siendo un animal sagrado no hay quien le ponga el cuchillo en el gaznate, parece evidente que el error y la ignorancia pueden matar de hambre a la Humanidad en medio de la abundancia, y que las luces pueden salvarla en medio de la aridez y la pobreza.



La decoración de la casa del hombre

Por ANDRE DE RAUNIES.

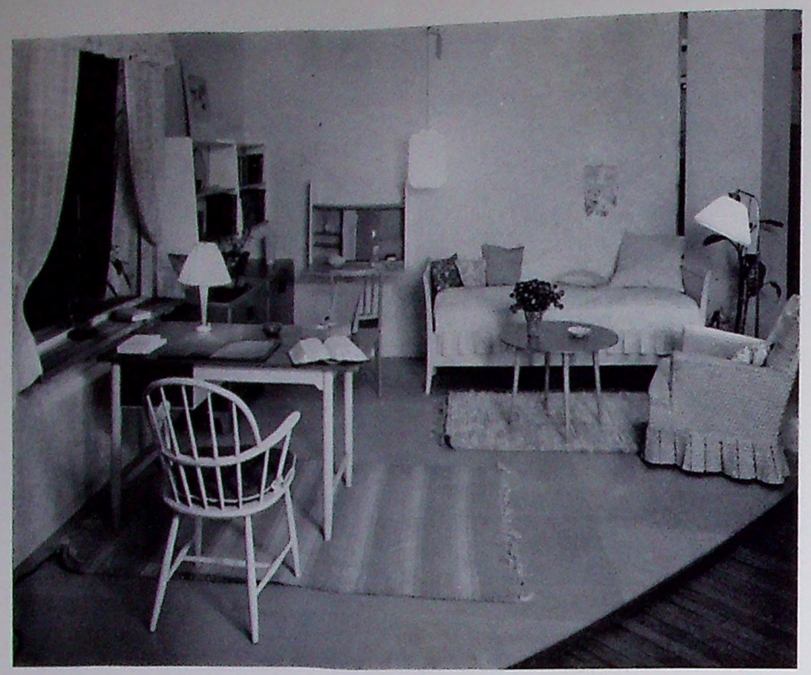
En el curso de un reciente viaje que me conducía de Venezuela al Canadá, sobrevolamos la Virginia, cuando el sol, en una atmósfera extraordinariamente clara, se había levantado tras las costas norteamericanas del horizonte atlántico. En ese otoño contemplamos una espléndida aurora por la calidad de la luz y sobre todo por la amplitud del paisaje que se ofrecía a nuestros ojos. A seis mil metros de altitud atravesamos en línea recta la región de los Estados que, desde Jacksonville hasta la desembocadura del Hudson, siguiendo una plácida curva, avanza hacia el océano.

Detrás, la Georgia, la Florida y las islas del mar de Las Antillas que habíamos dejado durante la noche; adelante, entre las aspas luminosas de las hélices, la blanca barrera de los montes nevados del Canadá; debajo, los provincias de las Carolinas y de la Virginia que enlazan las tierras cálidas con las regiones donde ya se anunciaba el Coloso del Norte. Las recientes lluvias del otoño habían dejado allí grandes charcas, arenas doradas entre los campos y los bosques, y los ríos, como curvas de nivel, parecían hilos de luz tendidos hacia el océano.

En el mundo visto a esta escala, la presencia del hombre se hacía apenas sensible por las sombras de las ciudades extendidas sobre la tierra, por el humo de las fábricas en volutas nacaradas contra el rosado cielo, por los blancos vapores de los trenes. Sin embargo, más que la orgía de la luz, más que el centelleo de las aguas o el juego de las sombras, lo que nos maravillaba en esa hora era el descubrimiento inesperado, en una misma visión amontonada, de la yuxtaposición de climas tan diversos y de los aspectos cambiantes del mundo.

Dejamos las cálidas tierras de La Florida y de La Habana, que todavía adivinábamos tras de nosotros en la extrema vibración del horizonte. Allá abajo, la vida feliz en torno a las casas y las ciudades, los árboles de espeso follaje salpicado de flores, las verdes colinas equilibradas sobre los valles donde los cañamelares entrechocan en el viento con un ruido óseo. Todo esto cantaba y vivía en mi memoria, aun cuando bajo mis ojos brillaba el otoño húmedo y pardo, y frente a nosotros el fondo de los bosques nevados revelaba su misterio a través de las ramas desnudas de los arces, sobre las riberas del Hudson y del lago Champlain bordadas de hielo.

Yo esperaba obtener con esta visión total el conocimiento del hombre y de su comportamiento frente a las estaciones y los climas. Aguardaba el descubrimiento de un modo de vida, de pensamientos y de acciones que varían según las latitudes. En esas casas sobre las cuales volábamos, de donde subían penachos de humo, la vida se organizaba replegada sobre sí misma, acurrucada alrededor del fuego, dichosa bajo su techo cubierto de nieve. Allá abajo, en la Caracas que acababa de abandonar, esta vida desbordada de las moradas ampliamente abiertas, ganaba las estrechas y hormigueantes calles, invadía las avenidas y los jardines. ¡Qué diferencia de felicidad y bienestar entre ambas realidades!



Mobiliario sueco de apartamento de una sola pieza. Escritorio, sillón, cama y biblioteca de madera barnizada. Mueble auxiliar de abedul barnizado.

El hombre organiza su vida de acuerdo con el medio: aquí el calor del fuego atrae y une; allá la dulzura del clima separa y dispersa. La casa del hombre se cierra o se abre al oír la llamada del bienestar en la voz del hogar que aviva y protege, o al escuchar la bulliciosa y permanente llamada del sol. Por ello, la morada adquiere significación muy diferente según las latitudes donde esté situada. Las funciones que ella cumple son también muy diversas y diversa la decoración que ella exige.

He aquí algunas de las reflexiones a las cuales me condujo esa visión del mundo que se desarrollaba bajo mis ojos, mientras iba hacia los campos de nieve, conservando sin embargo el recuerdo de lo que acababa de abandonar.

No nos sorprendamos si, de una manera general, el hombre, al organizar y decorar su morada en un clima que le obliga a permanecer dentro de su propia casa, pone más cuidado que bajo un cielo clemente donde se contenta con poco cuando afuera tiene demasiado. La decoración de la casa, que no es en principio sino una exigencia de la amorosa felicidad de la vida, aparece de esta manera impuesta o, mejor, favorecida por una naturaleza a veces rebelde. Sin embargo, es necesario comprobar que los extremos del frío y del calor no estimulan igualmente el celo y la ingeniosidad del hombre en la búsqueda del bienestar. El instinto de conservación que actúa para protegerse de las mordeduras del invierno, va acompañado casi siempre de un aumento de actividad que no favorece el agobiante calor de los climas ecuatoriales. Los muros levantados contra los rigores de la naturaleza componen esta masa perdurable donde se organiza, en el dulce calor del hogar, la existencia cómoda y feliz del hombre. Orden, propiedad, servicio doméstico, son los factores de la decoración de la casa.

En el primer período de esta búsqueda no es raro comprobar todo el partido decorativo que el hombre saca de materiales como la madera, la piedra, la tierra o el hierro, para construir la chimenea, fabricar la puerta, armar sobre cuatro macizos pies la pesada tabla que se convertirá en mesa; para confeccionar las sillas, el banco; para apoyar en el muro el aparador o el armario cuyos venosos paneles de madera, elegidos con cuidado, son el único adorno. Parece que por una secreta intuición el hombre descubre las leyes de la belleza de los sencillos objetos de la vida doméstica, que son las mismas leyes de la constitución de la materia de la cual se fabrican. Nada más emocionante que este nacimiento de una forma perfectamente adaptada a la madera, a la piedra o al metal. En esto se revela la influencia del espíritu, y la morada primitiva es ya un taller donde el artesano anuncia al artista en su comienzo.



Rincón de reposo de un living-room.

En el curso de las edades las formas se modifican, marchan hacia una perfección por la cual se manifiestan nuevas exigencias y una facultad de observación y de juicio, pareja con una maestría continuamente creciente de la materia.

Según las "épocas" aparecen estilos nuevos que expresan el cuidado constante del hombre por embellecer la decoración de su vida. Se adorna el mueble, el escoplo talla la madera, vacila, elige, tantea en la búsqueda de las masas, en el repartimiento de la decoración; finalmente aligera los salientes con algunas estrías, reservando el friso al dintel o al frontispicio: arabesco de hojas y flores.

La decoración alcanza entonces su forma definitiva, se fija y se hace "motivo" que se repetirá por mucho tiempo y será el signo de una época, la firma del tiempo. Tal la "concha" Luis XV, corazón del mueble, de donde se desarrolló el contorno de las puertas y el ritmo sinuoso de las molduras y de las guirnaldas.

La forma cambia también: de pesada y rústica se hace ligera. El artesano conoce mejor su materia, sabe que es bastante resistente para plegarse a los más leves perfiles. El pie se ablanda, se comba; la línea se hace dulce y más humana; allí se siente el estremecimiento de la vida.

El asiento, silla o butaca, sigue el curso de esta evolución y termina en formas afortunadas, cuyas curvas sabiamente estudiadas, modeladas como la arcilla por las manos del escultor, parecen vivir en el espacio como el movimiento de la danza.

Todos estos estilos que nacen y se suceden, que mueren o reviven: esas decoraciones que se desarrollan, se modifican y se engendran siguiendo una ley casi biológica: todas esas manifestaciones del espíritu en busca de la belleza, son las formas de una consciencia en solicitud de la felicidad. En ellas reencontramos las fases que jalonan la marcha ascendente del espíritu.

Nos es imposible, en los límites de este artículo, seguir la vida de los estilos en la decoración de la casa. Permítasenos decir que, de una manera general, para todos esos objetos que están estrechamente unidos a los gestos del hombre y a su vida cuotidiana, la perfección se alcanza cuando sus proporciones, sus líneas, su decorado, concurren al cumplimiento de la función para la cual se destinan. Al contrario, cada vez que el artesano olvida el objeto de su obra y cede a la facilidad, cada vez que la fantasía prevalece sobre la técnica, la obra decae y muere.

Estos principios esenciales pueden definirse de manera más concreta diciendo que una butaca, para ser bella, debe ser ante todo el asiento acogedor que brinde descanso y reposo; su decorado, su forma, sus proporciones, deben concurrir estrechamente a este objetivo y nunca perderlo de vista. Igual puede decirse de una silla, de una cama, de un mueble cuya belleza está ligada a la función. He ahí las reglas que rigen el arte de la decoración y amoblado de la casa del hombre.

Esas piezas del mobiliario, testigos del tiempo pasado: cómodas, armarios, escritorios, sillas de salón, que buscan los anticuarios y los coleccionistas, sirven todavía para el embellecimiento de nuestras moradas y a menudo, como el cuadro de un Maestro, constituyen el adorno más selecto. Sus copias en nuestras habitaciones son el llamado y la certeza de un gusto indiscutido a prueba de años.

Esta referencia a formas definitivamente admitidas no podría eximirnos de conocer, juzgar y apre-



Esquina de una habitación. Colgada de la pared la peinadora-escritorio. Espejo corredizo.



Conjunto de muebles para living-room, yuxtapuestos y desmontables.

ciar las creaciones nuevas y de escoger entre ellas las que concurran al embellecimiento de nuestras casas y al servicio de nuestros actos cuotidianos. En efecto, sería un error obstinarse en ignorar lo que se hace, no queriendo encontrar belleza sino en los estilos; pero también una prueba de pobreza de espíritu denigrar de lo que fué.

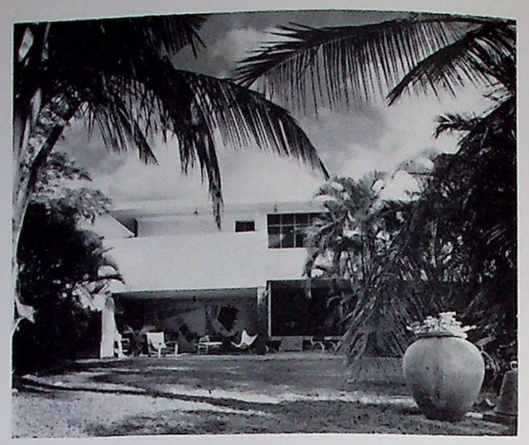
Ciertamente nos es más fácil, y sin duda alguna menos arriesgado, apreciar un cofre Renacimiento y un conjunto Luis XV, o reconocer la belleza de una tela del Ticiano, del Greco, de Velásquez o de Fragonard, que juzgar un conjunto moderno o una pintura de Picasso, de Fernand Léger o de Salvador Dali. La moda, el esnobismo, la ignorancia, actúan en esto con más ventaja que el gusto, y el Arte es a menudo la primera víctima. El tiempo, juez paciente, tan seguro como severo, no ha hecho todavía su obra. Sin embargo, nos place colocarnos en la proa del navío, y cara a la altamar, frente al porvenir, sin olvidar lo que fué y permanece, fijar los principios que nos permitan apreciar las creaciones nuevas que nos interesan en materia de decoración y de amoblado.

Para apreciar un mueble moderno es preciso verlo en su *marco*, no olvidar su *función*, observar la *materia* de que está hecho.

El *marco* es la Casa del Hombre tal como ella se presenta hoy, condicionada para las necesidades de la vida actual, que son: economía, facilidad de mantenimiento, espacio reducido, función doméstica más racional.

En lugar de concebir el mobiliario como un grupo de muebles y de asientos adecuados, escogidos en la vitrina de un almacén para disponerlos en una habitación, como si el mobilario definiera el local, hoy es éste el que determina el mueble. El local no exige el mueble por un destino arbitrario, como lo comprobamos cuando, al visitar un apartamento deshabitado, el propietario nos presenta sus cubos vacíos, así: "éste es el comedor, aquí está el dormitorio, el salón, el escritorio". No, el local exige su mobiliario y la decoración de sus paredes, sus vanos, sus zonas tranquilas, sus sitios vivos, su sistema de circulación, sus perspectivas, su iluminación y el aprovechamiento de la vista que le ofrece el exterior.

Por esto, antes de pensar en los muebles, el decorador examina la pieza. Por una intuición que abarca el color, la forma, la función, el gesto humano, él inventa todas las posibilidades de la felicidad. Esta previsión está ordenada tanto por el gusto como por el sentido práctico y la técnica de la construcción. Por ello, en su origen, el decorador es arquitecto, pues concebir el mueble y la decoración es también y ante todo concebir la Casa.



Fachada posterior de la casa caraqueña del arquitecto Carlos Raúl Villanueva, en la cual el patio se integra al living-room y al salón de juego.

Debemos volver a estudiar el plano, e inclinados sobre la mesa de dibujo intentar vivir en la morada que se definió por el trazado de un diseño.

Hacer el plano de una habitación no es solamente repartir, según los servicios, la planta de la casa. Sobrepasa las necesidades de la construcción ejercitarse en las miradas, los colores, los sentimientos mismos, para sacarle partido a lo que tiene poco y, del sentido práctico de la vida, generalmente rastrero, hacer una obra donde se armonicen lo útil y lo agradable.

El decorador-arquitecto cuida las perspectivas, distribuye los vanos tomando en cuenta la orientación, el soleamiento y las zonas de reposo necesarias: reserva cierta curva del tabique que actuará en la luz como una sombra degradada uniéndose a la arista viva del muro; prevé cierto vano interior cuya línea, como un tallo flexible, reposará sobre la horizontal del mueble, formando un primer plano que dará profundidad a la pieza y en el cual se inscribirá el conjunto; y, especialmente, sacará de la construcción todo el partido decorativo que ella le permita. La decoración se apoyará sobre la arquitectura misma.

En caso de que haya escalera, ya no se la ocultará como a una pariente pobre cuya presentación causa vergüenza; puesto que ella es necesaria, se integrará tanto en la fachada como en el decorado interior del vestíbulo o del *living-room*. La pared divisoria, indispensable para la solidez del edificio, pondrá en juego sus planos de sombra y su espesor. Será apoyo de nicho luminoso o pantalla protectora de un tranquilo retiro: rincón de trabajo o juego. Los pilares, si son inevitables, se aprovecharán como sostén y como decoración, ya que su vertical es la



"Surima", casa de montaña de la Sra. Anita Boulton de Phelps en Los Guayabitos, Baruta.



Living-room de "Surima".

aguja del fiel de la balanza en torno a la cual se construye el equilibrio de las masas. Inclinado así sobre el plano, el decorador lo descubre paulatinamente, y la perfección de su estudio se mide por la alegría que experimente en vivir con el pensamiento y la imaginación en esta morada cuyas oportunidades realiza y agota.

Pero con frecuencia, el problema se plantea de modo diferente. La casa ha sido previamente construída, y entonces el decorador ya no puede estudiar el plano sino interrogar a las viejas paredes. Mago de la belleza, debe despertar el alma de la vieja morada y sacar de su sueño todas las posibilidades de armonía.

Caen los tabiques, se abren las paredes, cierto nido de polvo se convierte en retiro encantador adornado de libros y flores. El espacio adquiere vida por efecto de la luz y del calor; del desorden nace un equilibrio perfecto que se adivina en la claridad tamizada por una recaída de velos donde brillan las lacas de los muebles, donde la biblioteca destaca en la penumbra los rangos de las encuadernaciones de matices otoñales, donde el vidrio y la cerámica ponen sobre todo flores y colores, donde las butacas sobre las gruesas alfombras son una invitación al reposo. Pero si unos pasos se deslizan, si una mano acaricia el piano, todas esas cosas parecen respirar y vivir. Visión de sueño nacida de las viejas paredes, metamorfosis que pone movimiento y belleza en el seno de la antigua morada.

Ya construya, ora saque partido de lo construído, el decorador se esfuerza por hacer de la Casa esa masa concebida para nuestra felicidad, en la cual el mueble debe ser colocado como una joya en su estuche.

El mueble requerido por el marco debe serlo también por el hombre. Su "función" lo hace indispensable. Sirve a nuestros actos teniendo en cuenta las condiciones de vida requeridas por el apartamento moderno.

El *living-room*, esa "habitación de día" cuyo uso se generaliza, ha modificado la idea que nos hacíamos del moblaje. Reúne todo el aparato de nuestros ritos cuotidianos: comida, trabajo, descanso. La pieza se divide en regiones: rincón de estudio, rincón de juego, rincón de comer, dejando en el centro la zona despejada que sirve para el recibo. Los muebles estorbosos desaparecen para ser sustituidos por muebles de uso muy definido, simplificados, reducidos al esquema que les impone su función.

La mesa pierde su sitio central, se reduce a una tabla horizontal cuyo apoyo se estudia para lograr el mínimum de estorbo y de molestia. El aparador, esa enorme pieza de doble piso que mataba la pared y la perspectiva, se convierte en un pequeño mueble de apoyo, de formas simples. La biblioteca, sostén del decorado que aportarán los libros, es una superposición de anaqueles de cantos gruesos que cortan la monotonía del tabique. El asiento, por la única busca de sus perfiles, de sus secciones y del declive de sus maderas, llega a ser la silla y la butaca cómodas, donde se está bien sentado y sirve para el reposo del hombre.

En el dormitorio, el gran lecho del centro, solemne y monumental —que elevaba a altura humana el sueño de nuestros abuelos— ya no es más que el discreto marco de la litera, algunas veces el apoyo del diván. El estorboso escaparate, tan alto que los anaqueles superiores no eran utilizados, y cuyas pesadas puertas, a veces guarnecidas de espejos, eran un peligro constante, toma proporciones más huma-



Patio principal del Museo Colonial de Caracas.

nas. Destinado para colocar, proteger, conservar al alcance de la mano la lencería, logra su objetivo en esos muebles medianos juiciosamente divididos, cuyas puertas y tiradores facilitan el servicio.

En todas esas búsquedas el decorador se libera de la rutina, renueva su visión, destruye los fantasmas que persiguen nuestros sueños de comodidad y retorna a una inteligencia más exacta del hombre y sus necesidades. El compone a la medida de nuestros cuerpos, de nuestras vidas y de nuestros actos, esos muebles simples cuyo objeto se alcanza cuando la comodidad y la forma se encuentran reunidas. Aquí nada es mentira. Esta sinceridad redunda en elogio del artista.

Y, sin embargo, la perfección del mueble ¿estará únicamente en el hecho del servicio que presta? ¿Será su función la única determinante de su belleza?

Cuando el mueble responde a nuestras necesidades se dice que es práctico, y llega a ser bello cuando por encima de su valor utilitario su "materia" resplandece en una forma perfecta.

El decorador sabe lo que esperamos de él. Debe saber también lo que la madera exige, y todo su arte consiste en la orientación de la materia hacia la forma que satisface sus deseos y los nuestros. Así como Miguel Angel iba a las canteras de Carrara a interrogar a los bloques de mármol para descubrir en lo informe los deseos, las posibilidades y las llamadas de la obra maestra que quería crear, igualmente el decorador interroga a la madera, pues ella también, a su manera, habla y exige.

El árbol, ya sea roble, caoba, cedro, cerezo, abedul, arce o palisandro, aun derribado y cortado, por su constitución orgánica permanece como la materia viviente cuyo crecimiento ha marcado para siempre en sus fibras la ley de su decoración y de su utilización. El hilo de la madera impone un sentido de trabajo al utensilio o a la máquina. Las venas encierran un ritmo de vida jamás inscrito en la madera, ya se las tome en la base del árbol, en esa región próxima a las raíces, donde el trabajo y el esfuerzo del vegetal forman una ramificación maravillosa; ya se las encuentre más tranquilas y leñosas en lo alto del tronco, donde a veces la rama que se separa contrae las nervaduras.

El decorador elige la tabla o enchapado y del trazado que ellos le impongan hará nacer la forma y la decoración. Su trabajo consiste en valorizar el dibujo de la madera, y por las proporciones y las líneas del mueble sacar de allí todo el ornamento posible. Humilde servidor de la materia, no la toma con indiferencia, sino que la elige, atraído por todas las oportunidades de belleza que ella ofrece.

Entonces, los barnices transparentes y las ceras revelarán todas esas manifestaciones y en la superficie del mueble, como una aurora, aparecerá la vida cuyo esplendor nos ocultaba el árbol bajo su corteza. ¡Qué crimen comete el pintor al ennegrecer esta bella materia, qué mentira al anteponer la falsa madera a la madera verdadera!

A veces la lija descubre la médula y hace brotar la red de las nervaduras, cuyas curvas en relieve se abren, se muestran, invaden la superficie como el agua en una tierra sin obstáculo, de donde surgirán islotes de vida: luego se contraen y distienden como un músculo en función. La madera respira en esos arabescos vivientes.

Así, el mueble moderno se nos aparece en su belleza como el resultado de la colaboración del pensamiento, de la técnica y del armonioso diseño que la naturaleza viviente inscribe en el seno de la materia. La forma no es entonces sino el apoyo de esa decoración, y no conozco más bello testimonio de la inteligencia que esta docilidad y atención a las exigencias de la materia. Pues es bella toda materia que lleva a nuestras moradas el hechizo de la naturaleza, y el ingenio del hombre consiste en saber sacar de ella todos los felices efectos que nos ofrece.

Recientemente contemplé un mueble de Jean Royere, simple pero tan bello que en la luz parecía encerrar la gloriosa mies de los campos. Estaba enteramente chapeado de laminillas que no eran otra cosa que cañas de trigo abiertas en su longitud y regularmente desplegadas. Sobre la superficie, esta paja, humilde sostén de la espiga, recobraba a nuestros ojos su belleza e introducía en la Casa del Hombre el majestuoso atavío de la recolección bajo el sol.

Este ejemplo ilustra la tendencia de la decoración actual a restituir a la materia, aun a la más humilde, su valor decorativo. Ya sea madera, hierro, cerámica, vidrio o tejido, ella —la decoración— reencuentra entre las manos del hombre dócil a sus deseos, la forma y el color, el sentido y la función para los cuales está hecha.

El retorno a la belleza de las cosas humildes, el renacimiento de la materia, la inteligencia del hombre y de sus necesidades, la justa interpretación de la Casa que llega a ser retiro de bienestar y de felicidad, son los signos del valor y del triunfo del espíritu.



ARTE FOTOGRAFICO

Aníbal Rivero nació en Los Teques, Estado Miranda, en 1913. Desde joven se aficionó a la fotografía y en 1934 obtuvo un Primer Premio y tres menciones honoríficas en el Primer Salón de Arte Fotográfico del Ateneo de Caracas. Al año siguiente ingresó como reportero gráfico de la Revista "Elite" y luego en otros diarios caraqueños. Posteriormente hizo documentales cinematográficos para el Ministerio de Obras Públicas y para la empresa "Estudios Avila". En 1939, esta última compañía lo envió a hacer estudios especiales en Hollywood, y a su regreso realizó dos películas. En 1952 acompañó como camarógrafo al Rey Leopoldo de Bélgica en su expedición al Alto Orinoco, durante la cual tomó 5.500 pies de película en color. En las páginas siguientes presentamos cuatro hermosas fotos de Aníbal Rivero.



Paisaje del Río Negro en el Territorio Amazonas. *(Foto Aníbal Rivero).*



(Foto Aníbal Rivero).

Campesinos de Guatire.



Cerro "El Autana" en el Alto Amazonas. *(Foto Aníbal Rivero).*



(Foto Aníbal Rivero).

Médanos de Coro, Estado Falcón.

BOLIVAR y la política de NAPOLEON

Por EDOARDO CREMA.

La noche del 2 de mayo de 1828, después de haber criticado la conducta de sus amigos en Ocaña, y haber preguntado acerca del baile al cual no había querido concurrir, Bolívar contó a De Lacroix que "había sido muy aficionado al baile, pero que aquella pasión se había completamente apagado en él: que el valse era lo que siempre había preferido, y que hasta locuras había hecho, bailando seguidamente horas enteras cuando tenía buena pareja; que en tiempo de sus campañas, cuando su cuartel general se hallaba en ciudad, villa o pueblo, siempre se bailaba casi todas las noches, y su gusto era terminar un valse e ir a dictar órdenes u oficios: volver a bailar y a trabajar; *que sus ideas eran entonces más claras, más fuertes y su estilo más elocuente: en fin, que el baile le inspiraba y excitaba su imaginación*". Y concluía: "Hay hombres que necesitan estar solos y bien retirados de todo ruido para poder pensar y meditar: yo pensaba, reflexionaba y meditaba en medio de la sociedad, de los placeres, del ruido y de las balas: me hallaba solo en medio de mucha gente, porque me hallaba con mis ideas y sin distracción. Es *como dictar varias cartas a un mismo tiempo*, originalidad que también he tenido".

No hay dudas: en las últimas palabras se siente latir la imagen de Napoleón: y que en la imaginación de Bolívar, en aquella tarde del 2 de mayo, diera vuelta aquella imagen, lo prueba el hecho de que él estaba pensando en la conducta de sus amigos quienes, "*ocupando los primeros destinos de Colombia, habían contrariado su marcha*, habían impedido la organización del país, habían sembrado la discordia, fomentado los partidos, perdido la moral e insubordinado al ejército". Había algo en común, entre él y Napoleón: "Napoleón no es el único que haya tenido que quejarse de aquellos a quienes diera su confianza: yo, tal como él, tampoco he podido hacerlo todo solo: lo que organizaba, lo desbarataban otros: lo que componía, otros volvían a descomponerlo..." Pero había también algo muy distinto, entre Bolívar y Napoleón: "*No se me acusará de haber elevado y puesto en los altos destinos del Estado a individuos de mi familia:* al contrario, se me puede reprochar el haber sido injusto para con algunos de ellos que seguían la carrera militar".

En este doble rasgo, de una semejanza y de una diferencia entre Bolívar y Napoleón, está quizás la clave de uno de los aspectos más dolorosos y más grandes de la personalidad íntima del Libertador. Hay que recordar que la estrella de Bolívar empezó a ascender, y llegó a su cénit, precisamente cuando la estrella de Napoleón se apagaba, y por fin caía, envuelta en los nubarrones sombríos y asfixiantes de la Santa Alianza. Las varias fases de la epopeya bolivariana coinciden con la campaña napoleónica de Rusia, con Waterlóo y Santa Elena, con el odio de la Santa Alianza, no más a Napoleón, sino a su memoria: y la última parte de la actividad bolivariana, coincide con el resurgimiento del culto al mismo Napoleón. Un culto, por supuesto, limitado en un primer tiempo a ciertas capas sociales: a los que leían a Béranger y su "*Vieux Sergent*", refunfuñando con un

relámpago en los ojos: *Peuple, á ton tour que ces chants-te reveillent, il en est temps*". Porque, para las demás capas sociales, y para las esferas oficiales, el ambiente era todavía anti-napoleónico. Napoleón era todavía el *Ogre de Corse*, el Usurpador, el tirano, el monstruo; era el amante de sus hermanas, el histrión que había recibido clases de Talma, el *envenenador de Jafa*, la *fiera carnicera*. Todas las calumnias e historietas susurradas durante su poder, ahora aparecían como elementos para la historia: las viejas canciones de la Revolución y del Imperio reaparecían, es verdad, pero en traje legitimista: el *Ça ira* tenía este estribillo:

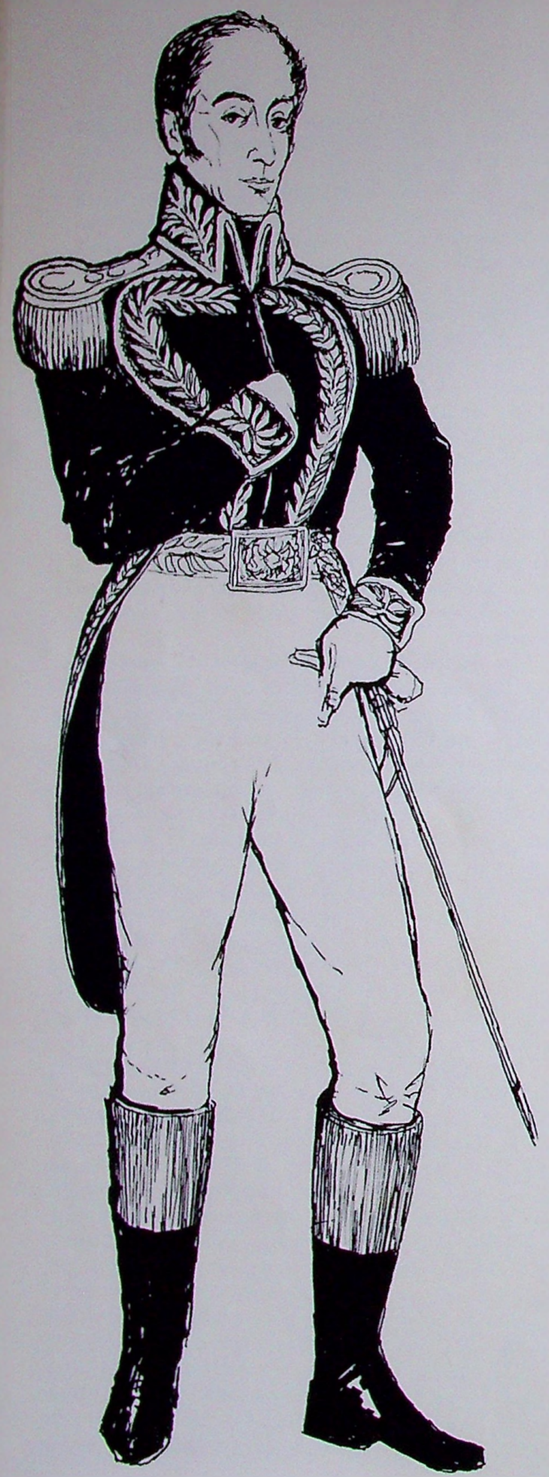
Ah! Ça ira! ça ira! ça ira!
Les bonapartistes a la lanterne!

En los pleitos y procesos, como el asunto de Bastide y Jansión, lo que valía era la prueba de si uno era o no era bonapartista. Inglaterra aparecía grande, por haber negado el paño verde para la *redingotte* del Emperador desterrado; en el Louvre habían quitado, hazaña sublime, la *N* del *Usurpador:* el Instituto se había inmortalizado, todavía más, borrando de su lista a un Académico que se llamaba *Napoleón Buonaparte*. Los fieles y héroes de Napoleón, naturalmente, sufrían las consecuencias de este odio a su Emperador: David no tenía más genio, Carnot carecía de probidad, y Soult no había ganado batalla alguna: todos vivían flotando a la deriva, como los restos de un gigantesco naufragio. Recordar a Napoleón podía aparecer como un "*propos séditieux*" y ser condenado a seis meses de cárcel; y para vivir bien, y sin peligros, se necesitaba llamar a Luis XVIII "*el inmortal autor de la Carta*", y doblegar la rodilla ante los Borbones; como lo hacían Talleyrand y Louis, y los generales que en 1824 peleaban en España para la restauración de los Borbones. *Le chic* de la sociedad, las esferas oficiales, los gobiernos todos, odiaban a Napoleón: sólo el pueblo continuaba amándolo: y, con el pueblo, al lado del humilde Béranger, se atrevían a alabar a Napoleón sólo dos genios de la poesía: Byron, en unas estrofas ardientes de su "Peregrinaje del Joven Harold"; y Manzoni, en su inmortal "5 de Mayo".

Es en esta atmósfera, en donde Bolívar crece, pelea, vence, se vuelve grande; y desde América oye los insultos y juicios atroces lanzados contra Napoleón, e *instintivamente asume una actitud de vigilancia, respecto a su propia política, a fin de no caer en los errores en que había caído Napoleón.* Las palabras con que recordaba, la noche del 2 de mayo de 1828, que no había elevado y puesto en los altos destinos del Estado a individuos de su familia, claramente aluden al *nepotismo* de Napoleón: ¿y cómo habría podido, en efecto, realizar un acto que, ya realizado por Napoleón, era objeto de execración, por inmoral y tiránico? Su genio político podía bien entrever la necesidad de disolver la Convención, evidente instrumento de Santander: pero, ¿cómo disolverla, si, por haber hecho lo mismo, Napoleón aparecía ahora como un déspota? Y de esta dolorosa situación de espíritu, surge para el Libertador la necesidad de *una originalidad a cualquier precio:* es una necesidad que le vuelve pensativo y, como no es fácil ir más allá de donde ha ido un Genio, aunque sea de un paso, Bolívar se torna sombrío, vidrioso, violento en las palabras. A veces, sí, encuentra algo nuevo: en lugar de disolver la Convención, sería posible inscribir en el partido adversario a todos sus fieles partidarios: pero, ¿no constituía, todo eso, una sustitución de medios, y nada más, en el sentido de que, en lugar de usar la violencia como la había usado Napoleón, *él emplearía el fraude?* En línea de moral pura, ¿no habría constituído también un golpe de Estado? ¿Aquel golpe de Estado por el cual Napoleón era juzgado un tirano, un usurpador, un déspota?

De este temor a que se establezca la opinión de que "*su política es imitada de la de Napoleón*", y arrastre consigo las consiguientes acusaciones de tiranía y despotismo, surge la línea de conducta del Libertador, especialmente en donde los acontecimientos, por sus semejanzas substanciales, podían sugerir resoluciones idénticas. Y a agravarle este miedo, a tornarlo dominante en él, a darle casi el frenesí de no imitar a Napoleón, sin duda contribuía la otra necesidad, a la cual él era, y se sentía, sensible: esto es, *la del genio:* y miedo y genio se aliaron en él, para crear y dirigir los acontecimientos últimos de su política, en el sentido de que ésta debía ser *independiente* de la de Napoleón, y, en los casos del nepotismo, del golpe de Estado y de la tiranía, *completamente anti-napoleónica.*

Esta hipótesis de que Bolívar tuviera el ansia de no imitar a Napoleón en lo que se refiere a su política, parece, sin embargo, agrietada por el recuerdo de la dictadura que Bolívar ejerció después de la disolución de la Convención de Ocaña: con todo, al mirar más adentro ciertos aspectos y elementos de esa dictadura, es posible entrever que también ella confirma, más bien que agrieta, la hipótesis misma. Y en efecto, más que de una voluntad rectilínea, sin vacilaciones, esa dictadura parece el fruto de un momento de desesperación, de una hipersensibilidad exasperada, que ya no podía ser dominada. Más que una dictadura, parece un *compromiso* entre la necesidad férrea de un régimen personalista, y la voluntad de no aparecer un déspota. Después de haber sido el objeto de una tentativa de asesinato, su primer



pensamiento *es el de que se perdonase a todos*, aunque la finalidad de la tentativa fuese claramente revolucionaria; no hay sólo, aquí, la sombra del "Cinna" de Corneille: hay también la sombra del episodio del Duque de Enghien, que para el renombre de Napoleón había tenido repercusiones tan adversas. En efecto, Bolívar perdonó a Santander: y en el momento en que se discutía el problema de la Convención, él no quiso "*influir en nada en los negocios*,... sólo deseando saber lo que pasaba en ella, sin dar consejos particulares"; él temía lo que pudieran decir sus enemigos, y se sentía satisfecho con la seguridad de que *nadie podría probar* que él había intervenido en algunas intrigas. Y mientras dura ese fantasma de dictadura, "el Ecuador, Guayaquil y Asuay siguen en el estado anárquico: para colmar la medida, el Perú se lanza a la guerra con sus propios *libertadores*". Frente a la guerra, naturalmente, él reacciona: pero después de la victoria de Portele de Tarqui, sugiere, o permite, la magnanimidad de Sucre, y consigue con esto que La Mar se niegue a devolver Guayaquil. Es una dictadura agrietada de sentimentalismos: Bolívar sabe que debería ser duro, y a veces quiere serlo: pero lo que hace, da la impresión del desahogo de un enfermo. En su más íntimo ser, son los escrúpulos los que actúan: y si alguien le deja entrever que su actuación podría ser objeto de críticas severas (por ejemplo, Henry Clay), él dará en seguida una explicación de su modo de actuar, o sin más la dará antes de que le digan nada, como si se sintiera culpable. Y así, su actitud después de Ocaña, tiene todos los *aspectos exteriores* de la dictadura, pero en sus aspectos íntimos revela la ansiedad de quien reacciona contra un peligro real o imaginado (prohibición de las sociedades secretas,



reforma de los estudios universitarios), y no la *firmeza* de quien actúa sistemáticamente, con una serie *enlazada* de actos enérgicos, con una finalidad clara siempre presente a la vista, con la convicción absoluta de que lo que se hace es necesario y bueno.

Bolívar, hacia el fin de su vida pública, tenía miedo a *manchar* su nombre, y, aunque admirara a Napoleón, que él consideraba *como el primer capitán del mundo*, y como un gran hombre de Estado, como un gran filósofo y sabio, se preocupaba por no imitar su política, en todos los puntos en que la opinión pública había ya dado su fallo adverso al gran Emperador. Y este contraste íntimo, entre su admiración por Napoleón y su miedo a imitar su política, no es, en el fondo, sino uno de los tantos contrastes que, a mi modesto parecer, constituyen la personalidad más profunda del Libertador. Fundamentalmente convencido, sin duda alguna, por su formación enciclopedista y su admiración para Voltaire, de que la Religión constituía algo atrasado respecto a las ideas del momento, sin embargo aceptó públicamente al Catolicismo, y asistía a la Misa con actitudes graves y pensativas, en cuanto comprendía que la Iglesia era una fuerza poderosa e indestructible. Fundamentalmente convencido de la necesidad de una política napoleónica, áspera y dura, sin embargo adopta una contraria, o diferente, por comprender que el momento era forzosamente adverso a Napoleón. Y todo esto, más que empequeñecerlo, lo agranda todavía más, en el sentido de que, para realizar los ideales de su tiempo, le habría resultado más fácil *imitar* una táctica política ya conocida, que buscar y crear otra, que estuviera en armonía con los medios y las necesidades del ambiente en que debía actuar.



PINTORES VENEZOLANOS

MATRIMONIO DE NEGROS, por Marcos Castillo.

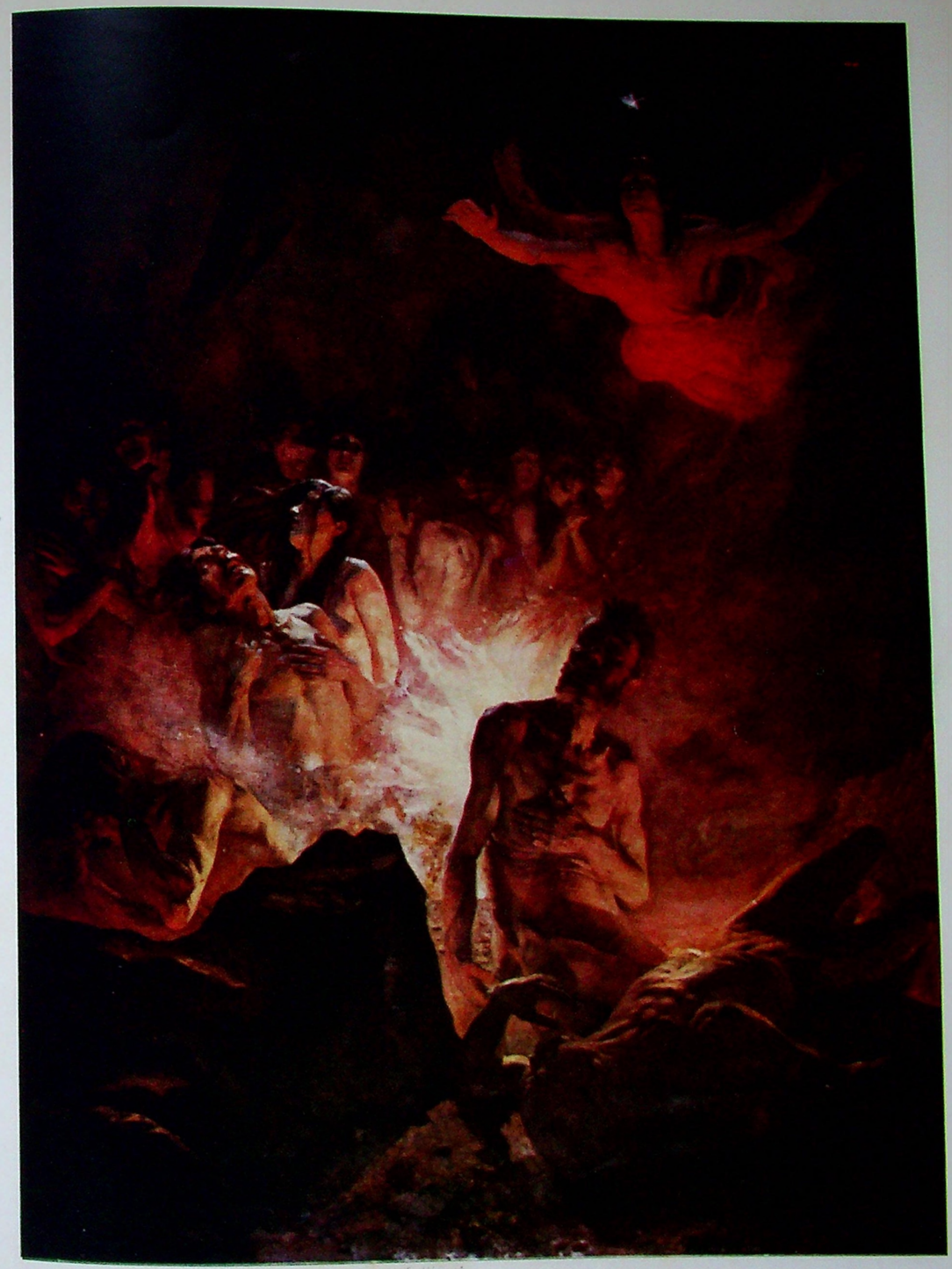
Representativo de la moderna escuela impresionista, Marcos Castillo nació en Caracas el año de 1900. Desde temprana edad emprendió su luminoso viaje por los caminos de la pintura, habiendo ingresado en la escuela de Bellas Artes de esta ciudad para cursar los estudios académicos correspondientes. De familia pobre, hubo de trabajar tesoneramente para proporcionarse su mantenimiento. Al estímulo y consejos del maestro Emilio Boggio débese el rumbo definitivo que tomó en el ejercicio de su arte. Ha realizado varias exposiciones. La primera de ellas en el Club Central de esta ciudad en 1925. Con su producto realizó un corto viaje a Francia, donde estudió a los grandes maestros y visitó los mejores museos artísticos europeos. A su regreso entró a formar parte del profesorado de la Escuela de Artes Plásticas de Caracas, donde enseña actualmente Dibujo Superior y Pintura. Ha participado en diversos salones anuales.

La valiosa trayectoria artística de Marcos Castillo, tanto en la realización de su propia obra como en la enseñanza del arte, lo sitúa entre los más destacados pintores venezolanos actuales. Reproducimos su cuadro "Matrimonio de Negros", muestra de sus más recientes inquietudes artísticas.

EL PURGATORIO, por Cristóbal Rojas (1858-1890).

Este notable pintor venezolano nació en la población mirandina de Cúa el año de 1858. Vivió en extrema pobreza y hubo de trabajar durante su juventud ejerciendo el oficio de tabaquero, para ganarse el diario sustento. Poseedor de una marcada vocación pictórica, se trasladó a Caracas para dedicarse de lleno al cultivo del arte. Con una modesta pensión del Gobierno Nacional viajó a París a fines de 1883, donde se inscribe en la Academia Julien para estudiar pintura bajo la dirección de Jean Paul Laurens. Durante su permanencia en Europa visitó los principales museos y salones de arte. En 1887 le fué suspendida la pensión oficial y enfermo de tuberculosis se vió precisado a regresar a Caracas, donde falleció el 8 de noviembre de 1890.

Cristóbal Rojas es considerado por críticos de arte nacionales y extranjeros como uno de los primeros pintores venezolanos de su época que expresó en su obra las tendencias iniciales del movimiento impresionista de la pintura. El cuadro "El Purgatorio" que reproducimos, existente en la Iglesia de la Divina Pastora de Caracas, es una de sus obras más célebres.





Aspectos y maravillas de

EGIPTO

Por JOSE RAMON HEREDIA.

Para vivir después siete meses en Egipto, procedente de Roma de donde había salido a las dos de la madrugada pasajero de un poderoso avión de la T. W. A., a las diez y media de una bella y clara mañana del mes de septiembre de 1948, aterricé en el aeródromo "Farouk", vecino a Heliópolis (Ciudad del Sol), y ésta de El Cairo de la que forma parte, a pesar de estarle separada por un trayecto como de veinte kilómetros, de ser una ciudad joven y de los deseos y gestiones de los heliopolitanos, que pretenden ser, y dicen ser otra ciudad.

Al bajar del avión y poner pie en aquel lejano país de encanto, de misterio y leyenda, que supo acogerme, embrujarme y hacer que lo amara y lo sintiera profundamente en lo hondo de mi ser y de mi sensibilidad, mis ojos, que venían de mirar casi todos los paisajes de Europa, tuvieron la primera, imponente y grandiosa visión de él. El desierto reverberante extendido a mi alrededor, como una circunferencia ondulada de varias tonalidades, que iban desde el amarillo ocre terroso, hasta el blanquecino caliginoso, limitada en la circular lejanía, por transparentes horizontes coloreados de oro, violeta y amarillo, bajo un cielo de luz brillante y enceguecedora, ante cuyos resplandores tuvieron su primer fracaso los cristales *soft-lait* de mis anteojos, que hubieron de ser cambiados luego por los *azul-blim* usados en Egipto, propicios a la luz de aquel trópico deslumbrante.

Me encontraba parado sobre el desierto, sobre ese desierto del cual todos tenemos una idea, una imagen ideal. Allí frente al prodigio de su grandeza y de su espectáculo inigualable. Sobre ese desierto que hube de recorrer después en distintas direcciones, en variados vehículos, y hasta a pie en largos trechos, con el cual me familiaricé, y el que me dió todos sus generosos dones: sus henchidos y dulces dátiles; la leche de camella y de búfala; el perfume de sus plantas, y el más preciado de todos: el amor de sus bellas hijas, las beduínas de morena piel de dátil secado al sol, de lindos y perfectos cuerpos ondulantes y de grandes ojos dulces, dormidos y sensuales.

Preséntase el desierto en su mayor parte en forma de arenas sueltas y onduladas, como una inmensa extensión marina que estuviese un poco agitada. Pero no siempre es ésta su topografía ni aspecto, pues también en trechos, y en trechos muy extensos en ocasiones, se hace de suelo sólido arenoso, y en otros se altorrelieva de pequeñas colinas como de arcillas arenosas solidificadas, o de colinas rocosas y pétreas, tras de las cuales, o entre las cuales, la visión del viajero queda reducida a un corto espacio limitado por ellas o por declives de arena, y cubierto con un cielo que se mira bajo, como descendido. Al bordear cada una de estas colinas vuelve uno a dar con la vasta extensión ilímite, o a caer en otro laberinto de colinas o dunas, sin visión amplia. A veces, viajeros marchan junto a uno, oyéndoseles las voces, y sin embargo no se les ve, porque alguna colina o duna los separa. La vegetación, en los sitios en que la hay, se reduce a unas pequeñas plantas, con formas de arbolitos diminutos, de cerca de un pie de altura, más o menos nutridos o escasos, según los lugares. Estas plantitas y unas más pequeñas aún y de otras formas, las rumian los rebaños de camellos, de carneros y de cabras, y en algunos tiempos del año como único alimento. Después están, con relativa frecuencia o escasez, los grupos de palmeras sin agua, y después, y más escasos y distantes, los milagros de los oasis.

Cosa siempre maravillosa son los espejismos. No creía tanto en la veracidad milagrosa y mágica de estos fenómenos hasta que mis ojos fueron engañados por ellos. Y no se engañan solamente los novatos en la contemplación del desierto, sino también los viajeros experimentados que lo frecuentan, y hasta sus propio hijos. Viajando un día hacia Alejandría en un confortable autobús que se tragaba a razón de ochenta kilómetros por hora la cuidada carretera de asfalto que separa a El Cairo de aquella ciudad (hay también una magnífica línea férrea) y que en toda su extensión tiene hombres ocupados constantemente en retirarle las arenas que el viento le tira encima, a veces hasta sepultarla; viajando hacia la ciudad de Cleopatra, repito, en compañía de dos grandes amigos, libanés de nacimiento el uno con casi toda su vida en Egipto, y griego de larga residencia en el país el otro, tuve ocasión de presenciar algo verdaderamente prodigioso. El griego, por tener negocios enlazados entre las dos ciudades, hacía ese recorrido dos veces semanales, así que conocía muy bien los parajes que atravesábamos. Pero el desierto es móvil y cambiante. En una parada que hizo el autobús y mientras desierto, cielo y horizonte brillaban reverberantes, miré yo hacia un lado, y de repente vi que estábamos cerca a un lago de aguas móviles, o de



Pirámide de Zozer, III dinastía.



Avenida Ysmail, una de las principales de El Cairo.

un brazo de mar adentrado en la tierra, que venía a dar hasta un grupo de palmeras, las que se reflejaban en el agua y se retorcían con el movimiento de ésta. "—Estamos ya cerca de Alejandría —dije a mis compañeros—, tenemos el mar aquí!". Me respondieron con una carcajada, como si yo hubiera dicho algo absurdo o tonto, agregando que nos faltaba como hora y media para llegar al gran puerto egipcio, y que por allí no había mar alguno posible, como no fuese el de fuego del desierto. Les señalé entonces el punto en que yo lo veía; viéronlo ellos también, y quedaron confundidos. Dijo el egipcio que habíamos perdido la noción del tiempo y que, en realidad empezábamos a ver las playas de Alejandría. Aseguró el griego no ser tal, porque acabábamos de pasar por cierta aldea beduína que él sabía a inmensa distancia de la ciudad; mas, no pudiendo negar la realidad de aquel lago o mar móvil conjeturó: "—Debe ser una inundación producida por las lluvias. Han caído grandes lluvias en las costas de Alejandría. Deben haber avanzado hasta acá e inundado esta parte del desierto. Seguramente ahora sopla viento allá y mueve las aguas". (En Egipto, salvo en las costas de Alejandría en la estación del invierno, nunca llueve, mejor dicho, en el bajo Egipto, que es la parte del país que queda al Norte y donde están situadas sus principales ciudades y entre ellas El Cairo. Yo tuve ocasión de presenciar durante el invierno siete lloviznas que nunca alcanzaron a hacer escurrir los tejados. "Regalo de los dioses tutelares al hombre de un país de lluvias", decían mis amigos egipcios). Y vuelvo a la afirmación del griego de la presencia de las aguas. ¡Sí, allá estaban! Y mientras seguíamos mirando nuestro mar, convencidos todos ya de su existencia, el autobús empezó a reanudar su marcha. Entonces, sincronizado al avanzar del vehículo, nuestro mar fué levantándose del nivel del suelo y desapareció entre los resplandores del horizonte, dejando en su sitio otra vez delante el desierto seco, arenoso e ilímite, con sólo el grupo de palmeras. Los tres lanzamos exclamaciones de asombro. El griego afirmó ser la primera vez que veía un espejismo tan real. El egipcio replicó haber visto muchos igualmente reales, y agregó sentencioso: "¡Vaya usted a creerle al desierto!".

Otras veces son ciudades con cúpulas y torres que aparecen y desaparecen; tropas, caravanas, o multitudes que avanzan; hermosos valles verdes que se extienden de pronto ante la vista de uno; ríos que corren por donde no hay sino sequedad; lejanas colinas que se ponen en movimiento; oasis que surgen de improviso desapareciendo asimismo y dejando sólo la ilusión de su verdor y su frescura. ¡Es el hechizo del desierto ilímite; su magia sorprendente y maravillosa!

El Cairo es también un espejismo en mitad del desierto, un espejismo de verdor, de color, de belleza y de grandiosidad. Situado entre el desierto líbico y



El Cairo. La ciudadela.

el arábigo, surge como otra alucinante fantasía. Mi recorrido más extenso en el desierto líbico fué hasta Alejandría, y en el arábigo hasta el Canal de Suez. Hasta el Puerto de Suez, que es donde termina el Canal entrando en el Mar Rojo, pues tiene cerca de doscientos kilómetros de largo. Comienza en el Mediterráneo, en Port-Said, que es su entrada, pasa a medio camino por Ismaília y termina en Suez. Ismaília se llama así en honor del Khedive Ismaíl, gran rey de Egipto, con cuyo nombre, de grata memoria para el pueblo egipcio, me apodaron algunos amigos de El Cairo, por similitudes que ellos hallaron entre algunas cosas del Khedive y algunas mías. Era abuelo del actual rey Farouk. El Khedive amaba su pueblo y lo engrandeció en todos los aspectos. Fué un gran trabajador y un civilizador. Hombre de una gran actividad. Guerrero, valiente, y cumplido caballero. Era alto, atlético, arrogante; de robusto cuello de toro y grandes manos poderosas, de retorcido mostacho y fiera mirada dominante. Así lo vi en estatuas y retratos. Tremendamente mujeriego, y *gourmet* y *gourmand* a un tiempo mismo, repartía su vida entre el trabajo creador, los ejercicios viriles, el amor y los placeres de la mesa. Mientras trabajaba de manera incansable en su despacho y dirigía y vigilaba personalmente los trabajos públicos, sus emisarios recorrían el Reino solicitándole las más bellas mujeres, las más tiernas aves y manjares y los mejores cocineros. Este hombre de costumbres orientales quiso occidentalizar a Egipto. De él es la célebre frase: "Egipto es una prolongación de Europa". El Cairo, y el país todo, están llenos de su nombre y sus anécdotas. Yo aprendí a quererlo y admirarlo, y cuando me oía llamar por su nombre no podía evitar que una sonrisa de vanidad mal disimulada me iluminara el rostro. Un día, bajo el engaño de que mi retrato había sido colocado en la gran Biblioteca de El Cairo, un grupo de amigos me condujo allí. Me encontré con un Khedive engallado: adelantada la derecha pierna; la mano en el sable; alta la cabeza; el *tarbuch* ladeado sobre la oreja, y la mirada desafiante, en actitud de querer saltar de su plinto de bronce y volver a ocupar en el Reino su puesto de

estadista, de civilizador y de sultán galante. ¡Gloria al Khedive Ismail y a su manera de vivir plenamente la vida!

Suez es una ciudad típicamente arábiga, pero vieja, multitudinaria y fea. Carece de la belleza y la gracia de otras ciudades arábigas. De apretadas calles, algunas de las cuales están unidas por puentes. Ni grandes edificios, ni bellas mezquitas, ni hermosas arquitecturas. Tiene aspectos pintorescos y cosas curiosas de puerto internacional. Aparte de eso, muy poco para el turista. Posee un barrio de calles anchas y aseadas construcciones modernas, tipo occidental, para oficinas y comercios. Contrasta con el resto de la ciudad, sin adornarla. Es un barrio burócrata, sin alegría y sin vida. Va a morir a las playas mismas del Mar Rojo. El Mar Rojo. No he visto mar más azul ni más bello.

Vecino a Suez y solamente separado de éste por un larguísimo puente como de dos mil metros, tendido sobre terreno marino que a diario inunda el mar durante la marea, está Port-Tewefit, pequeño y bonito puerto (o prolongación de Suez) de construcción y aspecto franceses. Port-Tewefit es pulcro, límpido y claro, y está lleno de jardines y parquecitos. Al final de la avenida que orilla al Canal, hay un busto de De Lesseps, a cuyo pie estuve una tarde sombreando el bochorno asiático mientras esperaba el paso de unos barcos. El que aquel fuese *bochorno asiático* se debe a la curiosidad de que el trazado del Canal, según me explicaron allá, curveó allí hacia territorio del otro continente, incorporando así un trozo de Asia a Africa y a Egipto. De Suez a El Cairo hay unos trescientos kilómetros. He recorrido esa parte del desierto de día y de noche.

Dije antes que El Cairo era un espejismo en el desierto. Es una admirable y maravillosa ciudad. Lo es por sus vastas y modernas rúas, cuajadas de grandes y magníficos edificios de varios pisos y preciosos estilos, armoniosas mezclas de bordadas arquitecturas orientales, arábigas y europeas; por sus bulliciosos y pintorescos *midanes* (plazas redondas adonde convergen más de cuatro calles); por sus populosos barrios típicamente orientales; por sus doce floridos jardines públicos y sus parques urbanos; por su nutrido e inmenso jardín zoológico, uno de los mejores del mundo; por sus confortables y lujosos hoteles, entre los que se cuenta el "Semíramis", el "Scheferds", el "Continental" y principalmente el "Palace", en Heliópolis, "el más bello y lujoso hotel del mundo", según dicen allá, no propiamente los egipcios, sino los europeos; por sus numerosos museos; por sus bazares y mercados miliunanochescos y sus espléndidos magazines; por el colorido de sus variados trajes orientales; por sus seiscientas cincuenta mezquitas de redondas cúpulas y agudas torres como agujas innumerables hacia los altos cielos, de cuyos minaretes a las seis de la tarde, y casi al unísono, salen las voces armoniosas y dolidas de los almuecines llamando a oración; por sus hermosos templos de otras religiones y sus bellos templos católicos; por sus grandes edificios públicos y sus fastuosos palacios; por su soberbio alarde de granito, de mármol lapislázuli y alabastro, de sedas, terciopelos y damascos; por sus lujosos automóviles y sus preciosos coches de ágiles caballos y brillantes arreos y arneses; por la jardinería de sus luces nocturnas; por las variantes luces como de pompas de jabón, en que flota en los atardeceres y en los amaneceres, y el polvo dorado, como limaduras de oro, en que se envuelve en otras horas del día; por el cielo estrellado y claro de sus noches metálicas, en que las estrellas maduras bajan a prenderse en la aguda punta de las altas torres de las mezquitas; por el espectáculo incomparable de su maravilloso Nilo, que partido en dos lo atraviesa por dos distintas partes, bordeado de palacios y mansiones, con quintas de madera flotantes en las orillas, surcado por vaporcitos y por los típicos y antiguos barcos egipcios de una sola, alta vela triangular, y atravesado por sus grandes puentes de abre y cierra; por sus alegres y variados cabarets, llenos de atracciones orientales y occidentales, y principalmente, por sus bellísimas y abundantes mujeres de todas las razas del mundo, pulidas y estereotipadas por aquel clima especial para modelar los cuerpos de las mujeres y para imprimirles a éstas una dulce y extraña sensualidad. Todo esto no quiere decir que no tenga también barrios sucios y feos. Probablemente es también El Cairo una de las ciudades más cosmopolitas del mundo. Solamente no hay ni españoles ni suramericanos. Dícese que ha progresado tanto en los últimos quince años, que quien la vió entonces no la reconoce.



El Cairo. Plaza Malika Farida.

La vida social presenta en Egipto muy marcados contrastes. De un lado muchos ricos y poderosos y del otro muchísimos pobres y menesterosos, multitudes de gentes de medios de vida sumamente reducidos, y de gentes miserables. Los favorece el hecho de la abundancia providencial de comida: frutos, frutas y carnes de mil variadas clases. Nunca había creído que podía haber tantas cosas para el paladar del hombre hasta que llegué a Egipto. Pero a pesar de eso se ven casos de desamparo y pobreza verdaderamente impresionantes.



Beduina.

Dicen allá con mucha frecuencia que allí no hay clase media, alegando que sólo existen los poderosos y los parias. Esto me pareció solamente un decir, y un decir un poco absurdo. Yo tuve ocasión de ver que sí la hay y que, como en todas partes del mundo, es la más creadora y fecunda. Lo que sí es cierto es que la clase media de Egipto se debate en circunstancias de trabajo, de economía y de educación, muy difíciles, y que es una clase completamente aislada, presionada por los de arriba y por los de abajo, pues ambos se le declaran hostiles.

Presentan también curiosos puntos de observación los mendigos y la forma como son tratados. Generalmente se sitúan en las paradas de los vehículos colectivos, para esperar su llegada y subir a éstos a pedir a los pasajeros. Los conductores y colectores no sólo están obligados a permitirles acceso a los metros, tranvías, autobuses, etc., sino a facilitárselo, a demorar sus carros mientras ellos lo hacen, y a parar éstos si se lo ordenan, porque antes no lo haya hecho un pasajero. También a transportarlos sin cobrarles cuando suben. Piden después de desear venturas y hacer votos de dicha y felicidad a aquellos de quienes solicitan la limosna (sin dirigirse a ninguno directamente), y de hacer conocer sus propias miserias y defectos físicos, con palabras patéticas y poéticas a la vez, dichas en tono salmodioso y conmovedor. Por ejemplo, si es un ciego el que entra dice, erguido y en actitud digna y casi ritual: "¡Salud a todos y alegría para vuestros corazones! Alegría y dicha también para vuestros padres y hermanos, esposos y esposas, y para vuestros hijos. Vosotros que podéis ver ese claro color del cielo; ese verde de los árboles, y las flores que adornan los jardines; que podéis ver el admirable Nilo con sus ligeros barcos, la extensión libre de nuestro desierto, y las luces de sus atardeceres y amaneceres; que podéis ver vuestros caballos y vuestros camellos; que podéis ver todas las cosas bellas del mundo, volved ahora los ojos con que mirais todo eso, hacia este pobre hombre que no puede contemplar nada de lo que veis, porque sus ojos se encerraron en las sombras, y dadle algo para ayudarlo a llevar su pobre vida".

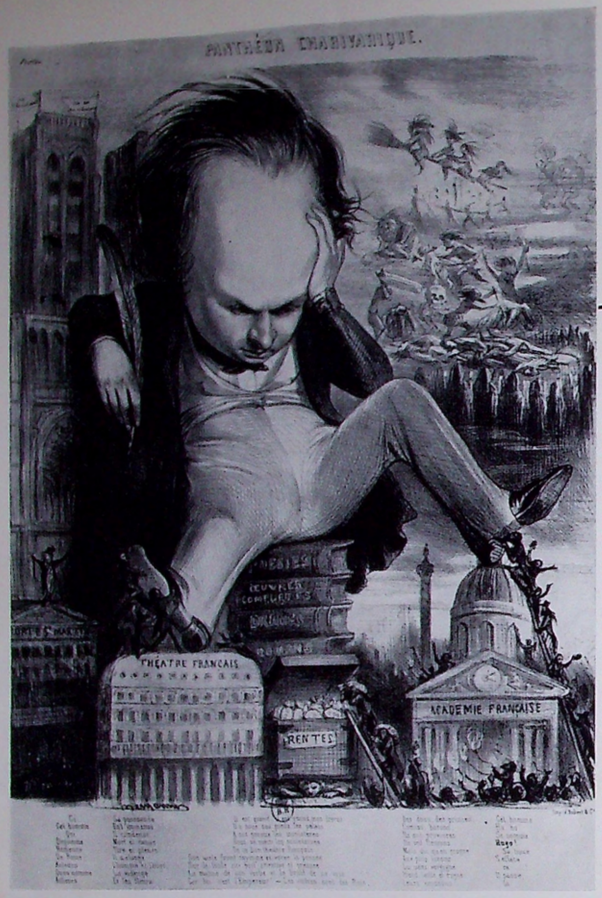
Estos salmos se los enseñan, a los que no pueden arreglarlos por sí mismos, los Cheiks. Son éstos una especie de sacerdotes muslímicos; más que todo consejeros y asesores de las gentes, de las gentes de todas las clases que los consultan. Están obligados a contestar toda pregunta que se les haga, en cualquier sitio y a cualquier hora, ya sea ésta religiosa o de ciencia, o cualquier pregunta de conocimiento o moral. Por eso van siempre por las calles y sitios públicos. Son hombres doctos, mejor, doctísimos, que después de haber obtenido en la Universidad de El Azhar (la más importante del mundo islámico, situada en El Cairo, en la que se estudia cantando en coros y tono salmódico, sentados en el suelo sobre cojines y moviendo el cuerpo a compás del canto, y que para la época de mi permanencia en Egipto tenía 25.000 estudiantes inscritos) el más alto grado de conocimientos y obtener un título que equivale al doctorado de Filosofía y Letras de aquí, todavía permanecen dos años más en la Universidad, en especializaciones teológicas y exegéticas del Korán, con lo que alcanzan la alta dignidad de Cheik. A los Cheiks se les respeta profundamente. Me acostumbré a cederles el paso y a hacerles una reverencia. Recuerdo con especialidad a uno que iba siempre a sentarse a uno de los jardines públicos de Gezira, frente a una estatua faraónica allí existente desde inmemoriales tiempos, a esperar quizás sus consultas, silencioso y hierático, con los ojos enigmáticos perdidos como en una visión lejana, mirando al pasado como la misma estatua faraónica, el pasado misterioso y profundo de ese maravilloso país, ese pasado que, entre otros sitios, yo contemplé fresco en la Necrópolis de Sakharah, frente a Menfis, desenterrada en 1926, cuando penetré en los templos y bajé a las tumbas de los reyes a sesenta y ochenta metros bajo la superficie del suelo, retrollevando mi vida a los tiempos de hace cinco mil trescientos años, al mirar en los saloncitos rectangulares de granito, mármol y alabastro, donde se colocaban los sarcófagos, la frescura de los pulimentos y de los vivos colores de las leyendas jeroglíficas. Todo está como quedó en el instante mismo en que el artista dió su última pincelada. Pareciera que allí también el tiempo se hubiese momificado. Sakharah es lo más importante que tiene Egipto como testimonio de su vida y de su civilización antiguas.



Vista de El Cairo.

En los bajorrelieves de sus tumbas están las escenas de la vida interior y al aire libre de los egipcios, su arte y sus deportes, y la historia de sus reyes y sus príncipes en las leyendas jeroglíficas.

En Sakharah estuve también en un pequeño saloncito de la superficie, mandado a construir por el capricho de una linda princesa de quince años, hija de un Faraón, que era alegre y amaba la vida. Lo hizo construir de los más finos mármoles y alabastros, para cambiarse en él los vestidos de pompa por los apropiados para visitar la ciudad mortuoria, y volver después a salir desde allí nuevamente tocada, bella y resplandeciente hacia la cercana Menfis. Sentéme en el sitio en que ella hacía su tocado, y lleno de emoción, metí mi pañuelo, mi cartera, mis objetos íntimos, en las mismas artísticas aberturas del muro en que ella colocó sus prendas, sus espejos, sus carmines y sus perfumes. Y guiada por la fiel y poética narración del guía, mi imaginación reconstruyó toda su lejana y exótica belleza, que quedó por un momento iluminando mi espíritu, como una de esas azules estrellas que en las madrugadas de Egipto brillan hasta querer salirse de la quietud profunda del cielo.



Un gran dibujante francés vió así a Hugo en la cumbre de la fama. "El es Emperador - Los otros son reyes", dice el autor de los versos que sirven de leyenda al dibujo.

Visita a la morada de Victor Hugo

Por MARIO DE LA VIÑA.

Se cumplen ahora los ciento cincuenta primeros años del nacimiento de Víctor Hugo, que vino a este mundo en la villa de Besancon, la antigua capital del Franco Condado, famosa por sus vinos secos, que maduran en las anfractuosidades occidentales de los Alpes, y que guarda los recuerdos de dos siglos de dominación española. En esta ocasión solemne Francia está reverenciando con gran pompa al más espectacular de sus escritores y a uno de sus más grandes poetas románticos, uniéndosele el mundo entero en este homenaje al autor de *Los Miserables*.

De Hugo se ha dicho todo, o casi todo, lo que había que decir. Se ha hablado de sus luchas poéticas y políticas, de su exilio, de su vejez, de su apoteosis. Se ha comentado su poesía lírica, satírica, épica. Se ha desmenuzado su estilo, su imaginación, su invectiva, su orgullo. No ha habido arte a la vez más personal y más objetivo que el suyo. Sin duda en su obra inmensa hay mucho que desechar por enfático u oscuro. Pero Víctor Hugo ha sido algo más que el jefe de los parnasianos y los simbolistas. Su canto poderoso fué durante diez años la propia voz de Francia, el poema sublime de los sentimientos del pueblo, y por esto conoció en vida una cosa más rara para un poeta que la gloria: la popularidad.

Para estar presentes en este homenaje universal al gran escritor, hemos decidido hacer una visita a su casa de París, convertida en el más precioso de los museos, y donde se puede palpar al Hugo íntimo y de todos los días.



La familia de Hugo en Guernesey, durante el exilio del poeta en la isla anglo-normanda.

A medio kilómetro escaso de la plaza de la Bastilla, no lejos del que fué un tiempo arrabal de San Antonio —que guarda el eco de memorables asonadas—, está la vieja calle del *Pas-de-la-Mule*. Si camináis por ella atraídos por su vetusta estampa o por su nombre pintoresco, será grata vuestra sorpresa al desembocar en la que fué otrora Plaza Real y es hoy Plaza de los Vosgos.

Esta tranquila plaza provinciana, con sus cuidados jardines, sus cuatro simétricas fontanas, su palco de la música, como el de una alameda de pueblo, y su estatua ecuestre de Luis XIII en el comedio, es un remanso de paz en la agitada vida parisiense. Cierran su cuadrilátero casas uniformes, de dos pisos, coronadas por típicas *mansardes* —bohardillas—, cubiertas de rojo ladrillo las fachadas, y a las que dan acceso holgados porches como esos de las ciudades castellanas y las viejas de América donde pasean los canónigos en las tardes de invierno y donde las gentes, faltas de grandes quehaceres, murmuran unas de otras.

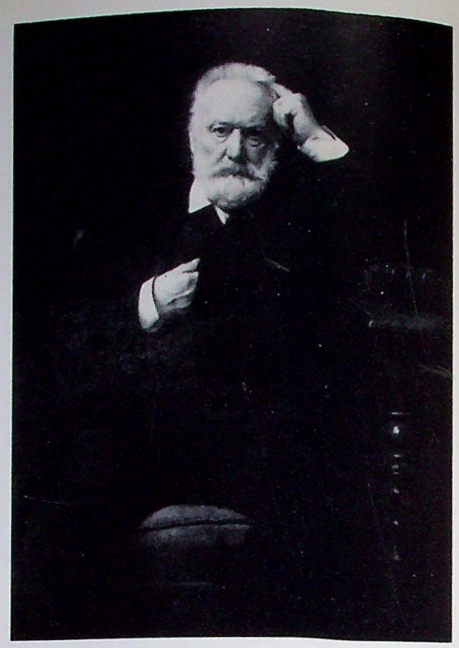
En un ángulo de esta plaza, en el segundo piso del número seis, vivió Víctor Hugo con su esposa y sus cuatro hijos durante los años comprendidos entre 1832 y 1848, de los treinta a los cuarenta y seis de



El Víctor Hugo de "Hernani", "Los Miserables" y "Nuestra Señora de París". (Dibujo de Alophe).

su edad, lo más granado, físicamente, de una vida. Allí, en aquella residencia burguesa y apacible, habitó el poeta magnífico todo el período que va de Luis Felipe a la Segunda República, las jornadas de junio y el contragolpe de la Revolución del 48 en Europa. En esa casa, a donde se trasladó en noviembre de 1832 desde otra más modesta, escribió Hugo *Cantos del Crepúsculo, Voces Interiores, Rayos y Sombras, Los Burgraves* y *Ruy Blas*, y allí concibió la *Leyenda de los Siglos* y concertó el plan de *Los Miserables*. Allí, en la vecindad de Teófilo Gautier, que vivía en el número ocho, y que desde su ventana le saludaba con frecuencia, disfrutó el genio de días felices y gloriosos, y allí también acaso la envidia de los dioses, que tanto temían los antiguos cuando era perfecta su ventura, amargó los días del que ya era académico y par de Francia, con la trágica desaparición de su amada hija Leopoldina, que pereció ahogada con su marido el año 1843.

La casa, convertida en museo y consagrada a la memoria del poeta por la villa de París, merece los honores de una visita respetuosa y atenta. Fué la morada de un genio, y como la de Shakespeare, en Stratford-sur-Avon, y las de Goethe en Francfort y en Weimar, es una de las Mecas donde los peregrinos del espíritu deben recogerse en devota evocación y orar si tuvieran la fortuna de ser creyentes.



Víctor Hugo a los setenta y siete años, por Bonnat.



Madame Víctor Hugo, por Boulanger, el pintor de cámara de la familia.

Con esta disposición de alma, recogida y fervorosa, pasamos los umbrales de la casa de Víctor Hugo una tarde melancólica que por lo fosco y desabrido daba más que la impresión de un mal verano la de un invierno clemente.

Casa, museo, pinacoteca... El hogar, los antepasados, la esposa, los hijos, el trabajo, la vida y la muerte.

Al iniciar la subida de la escalera nos recibe en el primer rellano el propio Víctor Hugo en la efigie más conocida de su dorada vejez. Está allí en el lienzo al óleo, tan divulgado en reproducciones de todas clases, de León Bonnat. El poeta a sus setenta y siete años. De frente, sentado en un sillón de terciopelo granate, una mano en el pecho y la otra sobre un *Homero* que descansa en la mesa próxima. Blanca la barba, hispido y breve el cabello, canoso también, que fué en la mocedad melena romántica, expresivos los ojos y sonrosada la sana tez. Da al pronto la sensación de vida, merced al artificio de un bien dispuesto y disimulado proyector eléctrico que ilumina el semblante dejando en penumbra el resto de la figura.

Unas escaleras más y estamos en la casa, es decir, en el museo, que ocupa no sólo el segundo piso, que habitó Víctor Hugo, sino todo el edificio, reservándose las habitaciones superiores para el despacho y servicios del celoso conservador. Es tal el número de objetos y obras de arte y de recuerdos personales allí expuestos que, desde luego, renunciamos a una descripción que no cabe en uno ni en varios artículos. El inventario sólo exigiría un libro, y nuestra misión de periodistas no es la de inventariar. Queremos únicamente llevar a los lectores de la REVISTA SHELL la impresión que la visita nos produjo y hacerles notar algún detalle curioso entre tantos como en aquel lugar se acumulan.



La hija muy amada, Leopoldina Hugo, inspiradora del genio, que pereció ahogada con su marido.

Un vestíbulo ni excesivo ni menguado da paso a la primera sala. Las paredes del vestíbulo están cubiertas de pinturas e ilustraciones reproduciendo escenas de las obras de Víctor Hugo. En las vitrinas, aguafuertes y acuarelas, junto a la primera edición de *Notre-Dame de Paris* y ediciones originales de *Han d'Islande* y otras de sus primeras novelas. Continúa la exposición en la sala contigua, donde advertimos como nota saliente un busto del poeta hecho por Rodin, soberbia cabeza pensativa y tormentosa. Cuadros, dibujos, pruebas de imprenta, ediciones curiosas... Ya va dicho que no fué este primer piso el que habitó Víctor Hugo, y que nos importa más la mansión que el museo. En la sala segunda, mueblaje del gabinete de trabajo. En la tercera sala, al centro, en una gran vitrina, el vestido de Julieta Drouet —la amante hasta la muerte— expuesto sobre un maniquí: fino tejido de color violeta con grandes flores de oro viejo; los zapatos correspondiendo a un pie pequeño y fino, también de un violado un poco más claro que el vestido. Más cuadros y dibujos, y en otra vitrina el documento dictado por Víctor Hugo declarando fuera de la ley a Luis Napoleón. Y por el otro tramo de la escalera, convertida también en escaparate de arte, arribamos a la mansión que ocupó dieciséis años el autor de *Los Miserables*.

La breve antecámara de este segundo piso está llena de retratos y fotografías. Entre los muebles, un cofre español de 1731. De la antecámara pasamos al gran comedor, de ocho metros en cuadro, cuando menos. Dos grandes ventanas sobre la plaza. Pensamos cuántas veces la mirada del escritor se habrá paseado, desde este mismo sitio que ahora ocupamos, sobre la fronda de los árboles de este rincón provinciano, sobre esos jardines bien pulidos, o se habrá extendido hasta los fronteros soportales. Aquí, está el comedor, muebles construidos con sujeción a proyectos trazados por Víctor Hugo con su propia mano para la casa de Julieta Drouet, en Guernesey, de donde fueron traídos. Un banco de coro hecho con paneles antiguos y un armario en cuya puerta luce un escudo de talla de imaginaria heráldica inventado por el poeta... Las armas de los Hugo de Lorena, a la izquierda, y en la otra mitad, las tres estrellas de general del padre, un caballo estilizado y un trozo de la muralla de Avila, recuerdo de cuando su progenitor fué gobernador militar de aquella plaza castellana durante la invasión francesa. Y una mesa, curioso recuerdo de la época, a la que dedicaremos después un especial apartado.

Sigue al comedor el salón, con muebles también



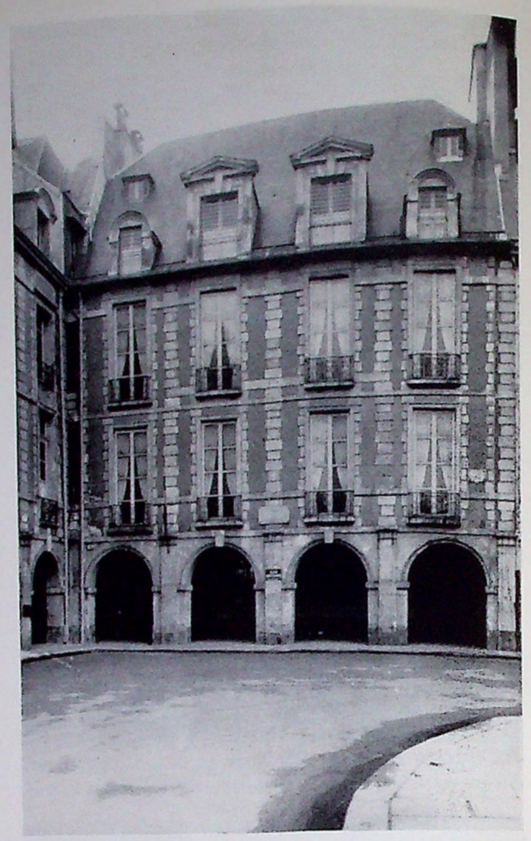
La Plaza de los Vosgos. La casa donde nació Hugo es la que hace ángulo al fondo de la derecha.

de Guernesey, chimenea china y maderas primorosamente pirograbadas por el poeta. Algo se ha hablado, pero no todo lo que merece, de las disposiciones de Víctor Hugo como pintor y dibujante. Vemos aquí, en este museo, que el arte pictórico no es en él nueva inclinación o violín de Ingres. Hugo domina la pintura y en aquellos muros hay óleos, dibujos y apuntes que son de un artista consumado. Y algunos de estos pirograbados tienen una expresión vigorosa y revelan sentido del humor y gran destreza técnica.

Después del Salón hay una serie de habitaciones en hilera formando un ala de la casa, con luces directas todas ellas a un patio-jardín, donde hubo antaño una fontana cantarina.

Otro aposento está dedicado a la esposa, madame Víctor Hugo, con retrato de Boulanger, que la presenta espléndida de belleza y juventud en 1830, y dibujos, acuarelas y autógrafos. A continuación, una estancia igual a la anterior está consagrada a los hijos. Pinturas y retratos de Boulanger —que es el pintor de cámara de la familia— y como nota especialmente emotiva, el vestido sencillísimo que llevaba puesto Leopoldina el día en que pereció ahogada con su marido, con esta mención de la mano de Hugo: *Traje con que murió mi hija: reliquia sagrada.* Al lado, la carta que escribió el poeta a su esposa con motivo de la muerte de Leopoldina. (Conoció Hugo el triste suceso por un artículo de prensa que cayó en sus manos cuando, al regresar del país vasco español con Julieta Drouet, se detuvo un momento en un mesón cerca de Rochefort, y allí pidió los periódicos. El golpe fué tremendo. Víctor Hugo, abrumado, quedó silencioso mucho tiempo. Sólo más tarde, cuando el dolor se depuró, le inspiró este drama familiar admirables poemas donde una pena humana alcanza sus más nobles y altas expresiones).

De aquí pasamos al dormitorio, donde se guardan obras de arte y recuerdos de niñez y juventud.



Fachada de la casa de Víctor Hugo en la antigua Plaza Real de París, hoy de los Vosgos. El escritor habitó el segundo piso del inmueble, que está hoy transformado en su totalidad en Museo.

Entre ellos un ejemplar de Tácito que sirvió a Víctor y a su hermano Eugenio para sus estudios de latín en el Colegio de Nobles de Madrid. En vitrina cabellos de Hugo, de diferentes épocas, y moldes de la mano que trazó las páginas inmortales de las *Contemplaciones*.

Contiguo y rematando el ala del edificio que cae sobre el patio-jardín, el cuarto de trabajo, recogido y tranquilo, a un extremo, lo más lejos posible del salón y del comedor. Y allí —¡oh, picardías del genio!— una puertecilla disimulada que da acceso a una escalera en comunicación con el jardín, por donde Víctor Hugo se escapaba salvándose de un visitante molesto o rehuía la perspectiva de una entrevista enojosa. El tiempo del genio era precioso y bastantes importunos habrá tenido que burlar para escribir su obra de vastedad oceánica y para que le sobrasen horas para la pintura y el pirograbado. Mucho debemos los lectores de Hugo a esa puertecilla que ahora miramos con respeto...

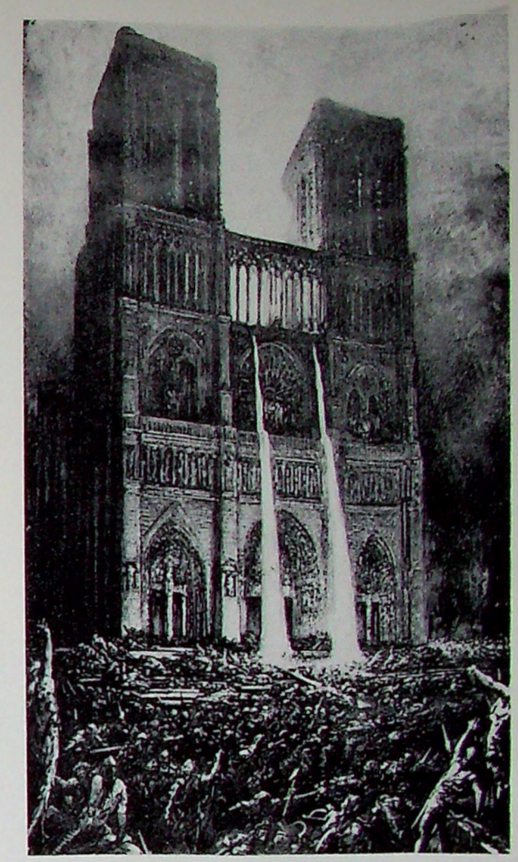
Este cuarto de trabajo está convertido hoy en reproducción de la cámara mortuoria del poeta. Murió

Víctor Hugo el año 1855 en la casa, ya derruída, que corresponde al número cincuenta actual de la avenida que lleva su nombre en París. Aquí, en este cuarto de la plaza de los Vosgos, está ahora su lecho de muerte, de madera oscura, tallada sin exceso de adornos, cubierto por una especie de baldaquín sostenido por cuatro columnas. A un lado la mesa escritorio —dos mesas industriosamente superpuestas— en la que Víctor Hugo escribía de pie. Y luego la mascarilla mortuoria de Dalou, y pinturas de Bonnat representando al poeta yacente después de haber rendido a Dios su alma.

Con esta visión del genio muerto termina nuestro viaje por la evocadora casa número seis de la plaza de los Vosgos.

Tute de celebridades. El pan del sitio. Buenos consejos. Otros detalles y noticias.

Ya hemos dicho que no tratábamos de inventariar el millar de objetos artísticos y de reliquias y documentos interesantes que se custodian en este museo; pero efectuada ya nuestra excursión por estos aposentos que guardan algo de la presencia impalpable del genio, queremos volver a detenernos ante aquellas cosas que, aparte su mérito, llamaron nuestra atención por su simbolismo o su significado. Tal

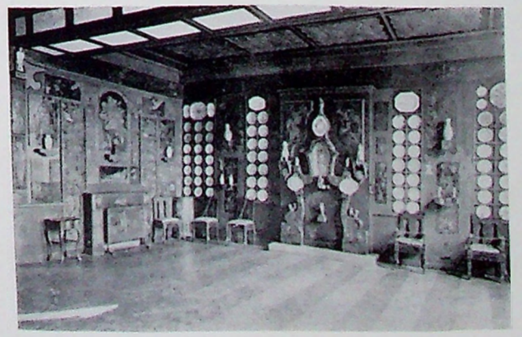


Uno de los tres dibujos que cubren las paredes del vestíbulo de la mansión de Víctor Hugo: "Quasimodo defendiendo Notre-Dame de París contra los Truands", por Chifflard.

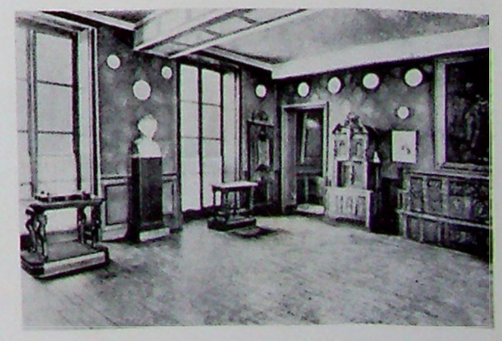


El cuarto de trabajo de Víctor Hugo, convertido en reproducción de la cámara mortuoria del poeta.

El salón —vacío— frecuentado un día por Lamartine, Balzac, Vigny, Gautier, Musset, Delacroix, Nerval, George Sand, Alejandro Dumas...



El comedor de la mansión de Víctor Hugo.



este hermoso bastón que el Presidente de la República Mexicana, Benito Juárez, ofrendó a Víctor Hugo, y tal esta curiosa mesa a que antes nos referimos que figura en este salón frecuentado un día por la crema de la literatura y del arte.

Se trata de una mesa sobre la que escribió Hugo algunos capítulos de sus novelas y que su esposa arregló y dispuso para una venta de caridad en Guernesey, colocando y fijando en sus ángulos los tinteros de cuatro de las celebridades más destacadas de las letras por aquellos días.

Un Sherlock Holmes que fuese a la vez un crítico podría hacer curiosas deducciones de estos objetos. El tintero de Hugo es un vaso negro, de laca, con festón de arabescos en su borde, sin nada de particular, pero cómodo y práctico. Le acompaña una blanca pluma de ave, tallada acaso por el propio escritor. Otro es el de Lamartine: un recipiente de cristal rosado, con áureo filete y tapadera desmontable, fino cachivache que lo mismo podría servir para guardar una pomada o una esencia. El tercero es el de George Sand. Espíritu aventurero y siempre inquieto, es natural que el tintero de esta dama sea un tintero de viaje, estrecho, cilíndrico, de madera, con hermética cubierta. A su lado un mechero de metal, parecido a los de ahora, porque George Sand fumaba como un caballero, ya entonces. Y finalmente el de Alejandro Dumas: un redondo botellín o frasco de tinta de esos que se venden por unos céntimos en los estancos y papelerías, y con él un cortaplumas de madera. Una carta autógrafa de cada uno de los cuatro donadores acompaña estos objetos. Lo verdaderamente extraño es que esta mesa, que hoy se disputarían los coleccionistas y que valdría millones en una subasta pública, no encontró comprador en la fiesta de Guernesey, y el propio Hugo, acaso por no dejar desairada a Madame, tuvo el delicado rasgo de adquirirla.

Ved aquí en una vitrina el famoso pan del sitio de París. Unos trozos de pan negro, del negro pan que se sirvió en las mesas familiares durante el asedio de la capital por los alemanes desde el 10 de septiembre del 70 hasta el 26 de enero siguiente. Petrificado ya, allí está el famoso *pain du siége*, en transparente urna, al lado de la banda de senador de Hugo y de una papeleta de sufragio. Y poco más allá, unos consejos que en pública proclama dan a los "republicanos sinceros" los ciudadanos Víctor Hugo, Luis Blanc, Henri Martin, Edgard Quinet y Michelet para el escrutinio de 8 de febrero de 1871.



El 22 de mayo de 1885 el genio se extingue. Su gran amigo el pintor Bonnat toma este apunte que dedica al primogénito del poeta.

"El programa de una buena República se resume en los dos puntos esenciales siguientes: para las relaciones exteriores, respeto absoluto a la independencia de los otros pueblos y celoso cuidado de la independencia y de los intereses de la nación. Por lo que concierne a la administración interior, sufragio universal, escrupulosa igualdad ante la ley, libertad individual, libertad de prensa, libertad de reunión, de asociación y de enseñanza."

¿Anécdotas, recuerdos?... Vaya un caso a modo de muestra.

En junio de 1848, los amotinados invadieron la casa de Víctor Hugo, esta misma casa de la que era entonces Plaza Real, que el poeta dejó poco después, y se dedicaron a curiosearlo todo. Sobre una de las mesas, entre varios objetos, había una brújula, con la fecha 1492 y la inscripción *La Santa María*. En un papel pegado a la brújula se leía, escrito por Víctor Hugo: *Brújula de Cristóbal Colón en su primer viaje a América*. ¿Verdad?... ¿Fantasía?... Lo cierto es que el jefe del grupo de *sans-culottes*, una vez que hubo leído la inscripción, se dirigió a sus compañeros y les dijo:

—Ciudadanos, con esto descubrió Colón América. No toquéis. Esto es muy serio, ciudadanos...

Y después de haber contemplado unos minutos el artefacto con sagrado respeto, salieron del aposento, sin detenerse sino a mecer, sonrientes, una cuna vacía que estaba arrinconada en el cuarto de los niños.

Nos alejamos de la plaza de los Vosgos para reintegrarnos al agitado tráfago de París. Atrás se quedaba el recuerdo y la sombra del genio, y una voz, como un eco solemne, decía sus versos inmortales:

C'est que l'amour, la tombe, et la gloire, et la vie,
L'onde qui fuit, par l'onde incessamment suivie,
Tout souffle, tout rayon, ou propice ou fatal,
Fait reluire et vibrer mon ame de cristal,
Mon ame aux mille voix, que le Dieu que j'adore
Mit au centre de tout comme un écho sonore.



Panorámica del embalse del sistema de riego de Suata.

DESARROLLO DEL SISTEMA DE RIEGO DE SUATA

Por GUSTAVO PADILLA GONZALEZ.

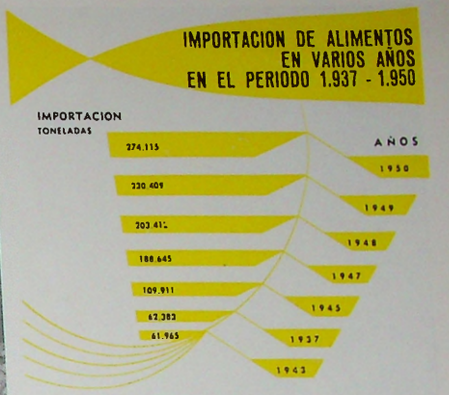
Uno de los temas tratados recientemente por algunos escritores en las publicaciones locales ha sido el relativo a la necesidad que tiene el país de emprender una política de obras de riego; y es debido al permanente interés que tiene esta cuestión, por lo que queremos dar nuestro aporte a la tesis sostenida por aquéllos. En el presente artículo tratamos de demostrar cómo nuestra economía se vuelve más y más dependiente de los países productores de alimentos; cómo el clima es uno de los factores limitantes del desarrollo agrícola del país y haremos un bosquejo de la transformación económica que se ha producido en una zona en la cual se construyó un Sistema de Riego.

Las estadísticas de los años 1937, 1943, 1945, 1948, 1949 y 1950, muestran el ritmo ascendente de las importaciones de productos alimenticios. Durante el primer año citado, la importación de artículos alimenticios llegó a 62.383 toneladas y en 1950 alcanzó a 274.115 toneladas. Estos aumentos de la importación corresponden al aumento de población habido en ese período, a un mejoramiento de los hábitos alimenticios de los consumidores y también a que el área de cultivo no ha sufrido cambios correlativos de consideración. (Cuadro Nº 1).

En Estados Unidos de América se considera que 1.2 Ha. producen alimentos y vestidos suficientes para cada persona. En Venezuela la relación de superficie cultivada por habitante en 1937 era de 0.46 Ha., en 1947 de 0.36 y en 1950 de 0.55 Ha., o sea que para alcanzar ese nivel deseable por todo respecto, haría falta triplicar la superficie cultivada actualmente sin contar con que la eficiencia de la producción agrícola debe ser aumentada también.

Se puede admitir que casi 11.000.000 Has. de la parte norte del país comprendidas entre los ríos Orinoco y Apure y la Costa, no son adaptables al cultivo, pero de lo que es potencialmente cultivable, o sea alrededor de 29.000.000 de Has. sólo están explotadas, en una forma más o menos racional, 2.750.000 Has. Así pues, es necesario abrir nuevas zonas de cultivo.





Estos hechos que ponen de manifiesto una situación muy delicada para el país, demuestran que hasta ahora los esfuerzos del Estado y de los agricultores para aumentar la producción, aliviar la situación alimenticia y suplir materia prima para las industrias nacionales, han sido infructuosos e insuficientes.

No debemos estar satisfechos con la rehabilitación de tierras perdidas para la producción, ni tampoco con aumentar la eficiencia de ellas, sino que nuestra finalidad debe ser convertir en campos productivos, tierras que nunca antes contribuyeron al abastecimiento de nuestras necesidades.

El análisis de las causas que nos han conducido a esta situación es largo y complicado por los numerosos factores naturales, económicos, sanitarios, sociales y hasta étnicos que intervienen en el problema y por lo demás no encaja en la naturaleza de este artículo. Sin embargo, mencionaremos, aunque sea someramente, uno de los factores naturales que a nuestro modo de ver tiene una influencia decisiva en las actividades agrícolas del país. Ese factor es el clima.

En efecto, nuestro clima es anárquico, se caracteriza por una desigual distribución de las lluvias a través del año. La agricultura está sometida a las contingencias de estaciones lluviosas intensas y prolongadas, en las cuales los ríos que durante ese período escurren el 75% de su caudal anual, inundan vastas extensiones cultivadas, resultando en pérdidas humanas y materiales, o veranos largos, durante los cuales la desolación y el incendio de grandes superficies es la visión que con más frecuencia se presenta al viajero.

No está dentro de las posibilidades humanas modificar el clima de ninguna región, pero sí podemos retener los ríos, canalizarlos y hacer que sus aguas realicen una función creadora de riqueza y bienestar. Sólo así podremos transformar la agricultura y la ganadería de una aventura en una actividad que produzca beneficios reales a los que se dedican a ellas.

Como ejemplo de la acción beneficiosa resultante de la técnica mancomunada con el esfuerzo de los agricultores en la transformación del medio físico, trataremos de hacer una breve historia de uno de los Sistemas de Riego construído hace ya algunos años en el Estado Aragua.

Los Valles de Aragua, cuya proverbial fertilidad conocemos, veían limitado su desarrollo agrícola por las condiciones pluviométricas que no permitían el establecimiento de una agricultura permanente. El río Aragua que regaba en otros tiempos el ancho valle, había reducido su caudal a un menguado hilo de agua en verano y en las ricas haciendas no podían regarse sino unas 800 Has. Era tanta la esca-



Uno de los canales secundarios del sistema de riego de Suata.

CLASIFICACION DE LAS EXPLOTACIONES DE ACUERDO CON SU SUPERFICIE

AÑO	SUPERFICIE DE LA EXPLOTACION	SUPERFICIE HECTAREAS TOTAL	CULTIVADAS	NO CULTIVADAS	% DE SUPERFICIE CULTIVADA
1947	1-50 51-100 100 y más	371.00 449.00 3.510.00	243.00 198.00 1.623.00	128.00 251.00 1.896.00	65.5 % 44.0 % 46.3 %
1948	1-50 51-100 100 y más	438.00 389.00 3.527.00	259.00 133.00 1.568.00	179.00 256.00 1.959.00	59.13% 34.19% 44.45%
1949	1-50 51-100 100 y más	948.85 427.75 2.213.15	852.00 227.00 1.228.00	96.85 200.75 985.15	89.77% 53.16% 55.5 %
1950	1-50 50-100 100 y más	718.43 341.66 2.374.18	654.25 217.00 1.195.50	64.18 124.66 1.178.68	91.1 % 63.5 % 50.00%
1951	1-50 50-100 100 y más	833.38 406.43 2.338.34	793.00 372.75 1.275.25	40.38 33.68 1.063.09	95.00% 91.00% 54.00%

sez, que la Legislatura del Estado Guzmán Blanco en 1875, dictó una resolución cuyo único considerando decía: "Que las dificultades que ocasiona durante la estación de verano el reparto de aguas de los ríos Aragua y Turmero, requiere la sanción de alguna medida legislativa que reglamente el uso común de aquéllas..." y a continuación establece turnos de aprovechamiento, penas para los infractores, etc., etc. El Gobierno provisional del Estado Aragua en el año de 1901 declaró vigente la resolución dictada por la Legislatura, lo cual nos indica que la situación para aquella época, lejos de mejorar, continuaba cada día peor. En efecto, en 1939, cuando el MOP empezó el estudio del Sistema de Riego, el río tenía agua en verano para el cultivo permanente de algunas 200 Has., y de las 33 acequias que se surtían de él apenas quedaba funcionando media docena escasa. Los Ingenieros del MOP, después de efectuados los estudios relativos al Sistema de Riego, comenzaron su construcción, a la cual dieron término a fines de 1942. El Sistema consta de una obra de toma formada por un vertedero de 66 mts. de longitud, para la derivación de las aguas del río a un canal de alimentación de un embalse; este canal cuya longitud es de algo más de 2 Kms. tiene una capacidad de 14 mts^3/seg. El vaso de almacenamiento o embalse fué una depresión que formaba una laguna conocida con el nombre de Suata; esta depresión fué cerrada con una presa de 10 metros de altura y de 782 metros de longitud dividida en dos tramos separados por una colina, de un aliviadero de demasías y de la red de distribución, que consta de un canal principal de 6.3 Kms. y de canales secundarios cuya longitud combinada es de 58 Kms. aproximadamente. El embalse almacena 40.000.000 mts^3 de agua, suficiente para el riego de 3.500 Has.



Acequia colonial.



A principios de 1943 se empezó a operar formalmente el Sistema. Los agricultores de la zona recibieron este hecho con escepticismo; aunque el riego era una práctica limitada a algunas haciendas desde la época colonial y no constituía algo completamente desconocido, el hecho mismo de haber construído el embalse, regulado el río, almacenadas sus aguas y puestas a su disposición en el momento en que las necesitasen, era enteramente novedoso. Sólo 14 propietarios de fincas, algunos de los cuales tenían riego anterior a la construcción del Sistema, firmaron contratos con el MOP; así pues, inicialmente el Sistema empezó a operarse regando unas 500 Has. de las cuales 200 se regaban anteriormente. Esta superficie constituía el 14% del área total regable.

En 1944 se efectuó un censo agrícola del área del Sistema, que nos servirá de punto de partida y comparación para destacar el desarrollo actual. Según dicho censo, el área regada había aumentado a un 29%, estando el resto ocupado por pastos de ceba. El número de regantes no había aumentado; la mecanización agrícola se estaba iniciando, había 17 tractores en uso y alrededor de 450 personas obtenían ocupación permanente en las labores agrícolas.

En 1945 se efectuó otro censo, cuyos resultados fueron los siguientes: el número de regantes aumentó a 22; el área regada alcanza a 1.709 Has. o sea el 48.8% del área total; los tractores utilizados llegan a 32 o sea casi un 100% con respecto al año anterior; el número de obreros alcanzó a 850. En suma, se había despertado el interés en invertir capital en el campo, los cultivos se diversificaron, la transformación de pastizales de ceba en campos de cultivo empezaba lentamente y se comenzaba a notar cierta apetencia por las tierras, manifestada por el aumento del canon de arrendamiento que en este año llegó a Bs. 170/Ha./año.

Durante el año de 1947, 70 regantes cultivaron 2.035 Has. o sea el 58% del área del Sistema. La ganancia líquida estimada por Ha. cosechada fué de 513.00 bolívares. En el año de 1948 la superficie sembrada fué de 1.960 Has., ligeramente menor que la del año anterior y el número de regantes fué de 134, pero, a pesar de ello el beneficio líquido obtenido por Ha. fué de Bs. 862,00. Esta aparente anomalía fué debida a que los costos de producción no aumentaron proporcionalmente al alza experimentada en los precios de venta y también a que durante ese último año se habían sustituído cultivos que producen escasa utilidad por otros que dan mayores beneficios. Este aumento se notó especialmente en el área dedicada a hortalizas y a la caña de azúcar.

En 1947 el desarrollo de las fincas comprendidas entre 1 y 50 Has. fué de 65.5% de su superficie total; en las comprendidas entre 50 y 100 Has. este desarrollo fué de 47%; en las mayores de 101 Has. la superficie explotada fué de 45%.

En 1948 no hay cambios de mucha significación en el porcentaje del área cultivada con respecto al área total en las fincas comprendidas entre 1 y 50 Has. Sin embargo, hubo una reducción a 51%. En las fincas de 51 a 100 Has. el porcentaje explotado se redujo a 34% y en las mayores de 100 Has. el área explotada fué de 44%. Según estos resultados hubo durante este año una reducción en el área cultivada en el Sistema que se acentuó en las fincas comprendidas entre 50 y 100 Has.

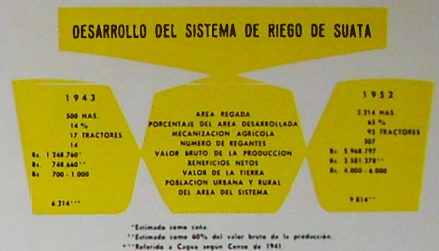
Durante la estación de riego de los años 1947 y 48, los agricultores percibieron beneficios de Bs. 887.263 y Bs. 1.711.644, respectivamente, en tanto que durante la estación lluviosa sus utilidades fueron de 877.712 y Bs. 928.652, respectivamente. Es decir, que por el solo concepto de riego la utilidad de los agricultores fué casi o más del doble en ambos años. Durante el año de 1949 el área cultivada en el Sistema alcanzó a 2.097 Has. o sea, 60%; el número de regantes aumentó a 119; las fincas se subdividieron algo más, destacándose el hecho de que en las fincas comprendidas entre 1 y 10 Has. la superficie explotada llega a 99%. La tendencia acusada de ir sustituyendo ciertos cultivos por otros de mayor beneficio económico, se acentúa. Así el área dedicada a la caña de azúcar llega a 681 Has. La misma tendencia muestran el tabaco, las hortalizas, especialmente el tomate y la cebolla.



Durante el año de 1950, el área de riego fué ligeramente menor que el anterior, llegando a 2.033 Has. La tendencia mencionada de sustitución de cultivos que en los años siguientes se acentuará más aún, se manifiesta de nuevo; así el área de caña llega en este período a 781 Has. También en este año el porcentaje del área explotada en las fincas de 1 a 50 y de 50 a 100 Has. en relación a su área total sube a 91% y 63%, respectivamente, en tanto que entre fincas mayores de 100 Has. baja de 55.5% el año anterior, a 50%. La bondad del negocio de la agricultura con riego y especialmente la mayor posibilidad económica de explotación de las fincas que no pasan de 100 Has., se manifiesta aún más en el año de 1951, en el cual los porcentajes de áreas cultivadas en las fincas comprendidas entre 1 y 50 Has. y 50 y 100, son el 95% y el 91%, respectivamente. En cambio, en las mayores de 100 sube a 54%. Este hecho podría tomarse como una indicación de que para lograr el pleno desarrollo de los Sistemas de Riego que se construyan, sería deseable limitar, en la zona regada, la propiedad a haciendas que no pasaran de 100 Has. (Cuadro Nº 2).

En 1951 los agricultores del Sistema cultivaron 2.390 Has. o sea 65% del área del Sistema. La mecanización agrícola ha alcanzado un alto desarrollo. Existen tractores en número de 93, provistos de implementos de toda clase, es decir, casi el número suficiente para la mecanización de toda la zona de riego; la agricultura se ha diversificado bastante; la ganadería, que en 1943 se limitaba a la ceba casi únicamente, ha ido cediendo su puesto a la ganadería de leche, (el número de vacas lecheras es de 360). La tierra alcanza precios elevadísimos y es casi imposible encontrar unas cuantas hectáreas donde establecer una explotación. Los beneficios netos de los agricultores sobrepasan a Bs. 2.500.000. (Cuadros Nº 3 y 4).

En 1952 la superficie regada llega a 2.214; es decir, se ha cuadruplicado con respecto al año 1943. Los regantes han aumentado de 14 en este último año, a 317. Actualmente se han diversificado las explotaciones, aunque como hemos dicho varias veces, hay cierta tendencia al monocultivo de caña en una superficie de 30% del área total. Muchos agricultores han obtenido un alto grado de especialización; las prácticas agrícolas modernas se aplican en toda la zona de riego y en algunas fincas han abandonado la limpieza y desmonte a mano de los campos, por el uso de los modernos herbicidas. El valor de la tierra ha llegado a Bs. 5.000 y más por Ha.; es decir, ha sextuplicado su valor con respecto al que tenían las tierras de secano antes de la construcción del Sistema. El nivel de vida ha aumentado considerablemente en la zona y el Sistema ha favorecido la creación de una clase media rural y pequeños agricultores cuyas ganancias anuales son muy superiores a las de sus vecinos de fuera del Sistema. (Cuadro Nº 5).



La breve historia del desarrollo del Sistema que acabamos de bosquejar, apoyada en datos rigurosamente exactos y en cifras obtenidas de los propios agricultores, echan por tierra la idea sostenida en algunos círculos, de que los Sistemas de Riego no se desarrollan y que la inversión del Estado en tales obras se pierde sin que nadie las aproveche. Lo sucedido en el sistema de Riego de Suata indica que el desarrollo ha seguido un ritmo normal y que a la larga las mayores fincas que actualmente son las menos explotadas, se subdividirán en unidades de menor extensión. Para terminar, volviendo al tema que nos sirvió de introducción a este artículo, es bueno recordar las palabras del primer Presidente de la FAO en relación con la producción de alimentos y la glosa que hace de ellas el Comisionado del Bureau of Reclamation de los Estados Unidos: "..... En la carrera entre la población y los alimentos está ganando la población". El crecimiento de la población no puede ser detenido fácilmente, pero la producción de alimentos sí puede aumentarse. Hay un medio seguro, todavía a nuestra disposición, para alimentar al mundo, el cual es llevar el agua a la tierra, es decir, regar".

REGULO RICO

Un olvidado compositor venezolano

Por WILSON JOSE ROJAS.

Mucha gente de Caracas, seguramente de toda Venezuela, desconoce a Régulo Rico. El es uno de esos valores artísticos nacionales, que viven ignorados por miles de compatriotas a quienes, sin embargo, no se les puede discutir veteranía en el conocimiento de los grandes cultores de la música, versación en el estudio de los clásicos. No es raro que así ocurra en un país como el nuestro, cuyos turistas prefieren generalmente viajar a otras latitudes que no sean las propias, antes de conocer los Andes maravillosos, los esforzados Llanos, la Guayana de leyendas, las bellezas de Margarita. Nada puede extrañar que Régulo Rico sea igualmente desconocido por muchos intelectuales venezolanos, que hablan con pasmosa facilidad acerca de los representativos de la cultura de otros pueblos.

El hombre y el artista

Viajé a Guatire en busca de este artista humano y fecundo que es Régulo Rico. Alto, enjuto, de bigote breve y negros ojos sumidos bajo las largas cejas y los párpados cargados de recuerdos. Vestía entonces blanco lino y negra corbata ajustada al cuello. Sentado a su escritorio, lo encontré copiando música en la pequeña sala adornada con retratos familiares, allá en su casa de la Calle Miranda, en cuya entrada un jardín florecido de capachos, rosales y tulipanes, da el tono característico de la dulce gracia provinciana.

Régulo Rico empezó a estudiar música cuando apenas tenía ocho años de edad. Un lustro permaneció recibiendo clases, de manera ininterrumpida, teniendo por maestro a Enrique León, otro ignorado músico de la Venezuela interiorana.

Sin embargo, quien estimuló en Régulo Rico su amor por la música, fué un sacerdote a quien él recuerda con hondo afecto: el Padre José María Istúriz, nativo de Cúa, hijo de Don Manuel Istúriz y Doña Lucía Pérez de Istúriz. Contando apenas nueve años de edad, José María llegó a Guatire, acompañando a sus padres. Pasó a Caracas posteriormente, para ordenarse de sacerdote y ejercer hasta su muerte, ocurrida en 1904, el curato de almas de lo progresista villa mirandina. Muchos años habían transcurrido desde la brillante mañana de un día del año de 1856, cuando el novel presbítero hizo su entrada al pueblo.

Régulo Rico había nacido en 1878, hijo de Don Pedro Rico, un portorriqueño cumplido y laborioso, y de Doña Rufina Lugo, oriunda de la vecina Guarenas.

Cómo nació una vocación

La formación artística de Régulo Rico estuvo influida por un profundo sentimiento religioso. Teniendo apenas diecisiete años de edad lo vemos actuando como maestro de coro en la capilla de su Guatire natal. Fué un 27 de abril, el año de 1895, cuando asumió esa responsabilidad. Desde entonces, nunca ha dejado de asistir a sus deberes. Muerto el Padre Istúriz, por la iglesia lugareña ha visto desfilar a numerosos sacerdotes, tales como los Padres Pablo López, Luis E. Mendoza, Manuel Monteagudo, Escandell, Tomás R. Galíndez, el párroco actual, Pbro. Augusto Laborem, así como a dos que han sobresalido en la carrera eclesiástica de manera prominente, como el notable orador sagrado, ya fallecido, Pbro. Dr. Rafael Peñalver J., y el hoy Excelentísimo Doctor Rafael Arias Blanco, Arzobispo Coadjutor de Caracas.



El músico Régulo Rico ante una de sus producciones más recientes, en su apacible hogar aldeano.
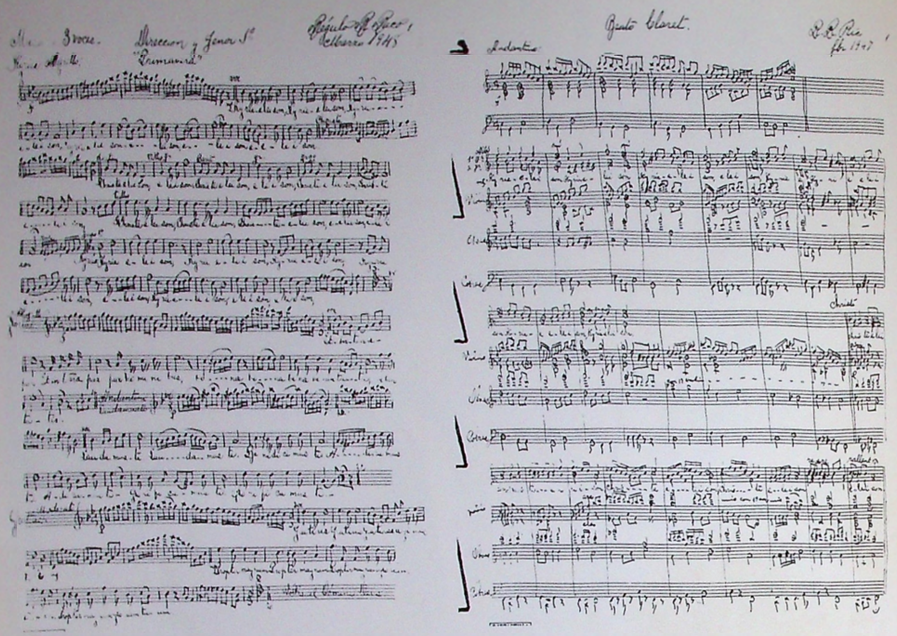
Pero no quedó trunca sobre el teclado del órgano la carrera musical de nuestro artista: baste decir que desde 1901, cuando fundó la Sociedad "Unión Filarmónica", un 20 de diciembre, hasta la organización de la Estudiantina "Santa Cecilia", el año de 1928, son varias las generaciones de músicos que ha contribuído a formar. Recuerda entre los primeros a Vicente Emilio Sojo, el admirado compositor y director de orquesta; Elías Centeno, Jesús Alvarez Pérez, Francisco Antonio Palacios, Evaristo Milano, su hermano Claudio Rico... Todos vivos! Algunos cultivan la música todavía. Otros se fueron por diversos caminos. Varios desaparecieron: Delfín y Melecio García Barba, Julián Tovar, Manuel María Gámez, Rafael Vicente Borges, Manuel Milano, Martín Blanco...

De entre las promociones de la "Santa Cecilia", recuerda a sus propios hijos: Pedro Luis, Régulo y Carmen Rufina Rico, Servia Toro, Saturnino García Clemente, Evaristo Milano hijo... Muchos más...

Mentalmente, Régulo Rico pasa revista a los sucesos transcurridos en su ya larga carrera, reflexiona hondamente, se expresa agradecido de su pueblo y se duele de que sólo unos pocos de sus discípulos estén hoy día a su lado, ayudándole en las diarias labores de escribir, leer y explicar las intrincadas teorías del sublime arte, en el cual tánto ha descollado.

El compositor Régulo Rico

El artista que ahora nos ocupa es un fecundo compositor y ha preferido siempre la música litúrgica, por ajustarse más a sus inclinaciones y a su natural vocación. Teniendo por favoritos entre los clásicos europeos, a Beethoven, Mozzart y Bellini; a Lamas



Dos páginas musicales del olvidado compositor venezolano Régulo Rico.

y a Montero entre los venezolanos, de todos prefiere la producción sacra.

También es músico instrumentista Régulo Rico. Hábil ejecutor, domina además del órgano, el violín, el bombardino, el clarinete. De muchacho, aprendió la guitarra y con ella se acompañó muchas veces en las alegres serenatas improvisadas para enternecer el corazón romántico de las doncellas lugareñas.

Cuando fuí a visitarle, el maestro copiaba una pieza compuesta por él en 1897. Se llama "La Guatireña". Es una misa. El mismo año había arreglado otra: "El Carmen", para nueve instrumentos y tres voces. Más de una veintena ha arreglado hasta ahora, sin contar las "misas breves", que son numerosas. Entre las primeras recuerda una para grande orquesta, conocida como la "Misa de Réquiem", escrita el año de 1940, cuando murió su esposa, Doña Carmen S. González.

Otras misas para grande orquesta son, entre otras: "La Santa Cruz", "La Asunción", "San José", "Despejo Infantil" (1897), "Misa en La Menor" (1902), "Misa en Mi Bemol" (1918, año de la tristemente memorable peste española), "Las Mercedes" (1925), "Santa Cecilia" (1928), "Misa a dúo en Si Menor" (1930), "La Inmaculada Concepción" (1941), "San Bosco" (1947), "Beato Claret" (1948), "La Primavera" y "La Purísima" (1949), etc.

El músico guatireño ha compuesto, además, unas cincuenta sinfonías, todas a grande orquesta, fuera de las misas para órgano, oberturas, melodías populares, aguinaldos. Es por otra parte, nuestro interlocutor, un artista que escribe versos. Desde el punto de vista estético, él es un poeta, desde luego que es un creador de arte y no un simple copista.

Biografía de los oratorios

No debía quedar ahí nuestra conversación. Régulo Rico es un profundo conocedor de las cosas de su pueblo de origen, máxime si se trata de las reliquias sagradas de la comarca en la cual ha desarrollado su vida. Nos cuenta, a manera de ilustración, la historia de los oratorios religiosos del lugar. Para 1822 no había una iglesia en Guatire. Los jesuítas construyeron una capilla en "El Sitio"; otra en 1830, en la Hacienda "Santa Cruz"; y, finalmente, un oratorio público en "La Trilla", sitio donde ahora se alza el edificio que ocupa el Grupo Escolar, cuya construcción se inició en 1946. La actual iglesia de Guatire fué comenzada por el antecesor del Padre Istúriz, y éste la llevó hasta lo que es actualmente, gracias a haber invertido en esa obra la fortuna que el benemérito sacerdote heredó de sus progenitores.

A Istúriz se debe, asimismo, la capilla del Calvario. Poco o nada dieron los gobiernos de entonces para estas obras del culto.

El terremoto del año 1900 casi destruyó lo hecho por el Padre Istúriz; pero, pocos años después, el sacerdote ejemplar podía morir tranquilo, satisfecho de haber dejado una obra provechosa para el acervo espiritual de sus agradecidos feligreses.

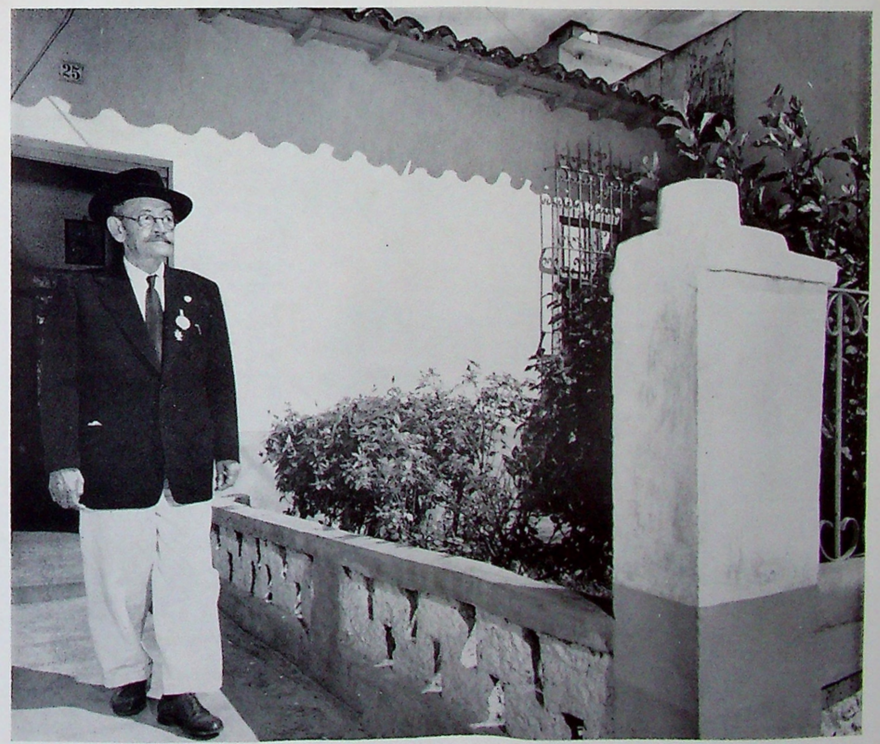
Epílogo de una charla

Dos horas duró mi entrevista con Régulo Rico. Cuanto de él aprendí me es particularmente valioso. En su casa de Guatire lo dejé ensimismado en su diario aprendizaje. Su conversación ilustrada, la sencilla profundidad de sus conocimientos, la certeza con que habla de los asuntos de su tierra, me dejaron una grata impresión. Pienso que sus conceptos, espejo de su vida, constituyen para viejos y nuevos intelectuales de Venezuela, expresión invalorable propicia al reconocimiento debido a hombres como éste, que permanecen y seguramente vivirán siempre al margen de la feria metropolitana.

Seguro de haber recibido una útil lección, regresé a Caracas. Estuve durante largo tiempo contemplando el intenso verdor de los cañaverales que se dilatan al norte del terroso camino llamado "carretera de Barlovento". En Guatire quedaron mis eventuales acompañantes, los incipientes artistas de fotografía Antero Muñoz y Daniel Grippa, venezolano de pura cepa barloventeña el primero, y descendiente de esforzados abuelos italianos el segundo.

Cuando pasé por Guarenas, capital y único municipio del Distrito Plaza, ya tiñendo la tarde sobre las vecinas lomas, pensé en Juan Urbina, fraterno amigo, a quien imaginé cooperando en el proceso cultural de su pueblo, en la diaria entrega de sus mejores faenas al arte de Gutemberg.

La carretera seguía siendo bañada durante largo trecho por las rumorosas aguas de la quebrada de Guarenas, generosa y fértil, sabrosa a tierra criolla, como la doliente provincia venezolana.



El maestro Régulo Rico saliendo de su casa de habitación en la población de Guatire, Estado Miranda.

NUESTROS COLABORADORES



ALFONSO ESPINOSA. — Venezolano. Doctor en Ciencias Políticas, ex-Ministro de Hacienda y miembro de varias Comisiones de Estudios Económicos y Financieros. Ha publicado los siguientes obras: "El Problema Fiscal en Venezuela"; "La Censura de Casación"; "La Soberanía de los Jueces de Fondo"; "El Consejo de Presupuesto y las Comisiones Parlamentarias de Presupuesto"; El Problema Monetario en Venezuela".



JOSE RAMON HEREDIA. — Venezolano. Poeta y escritor, ex-Cónsul en Egipto. Fué ganador del Premio Municipal de Poesia correspondiente al año 1950, con su libro titulado "Maravillado Cosmos". De su vasta producción literaria merecen citarse: "Paisajes y canciones" (poemas); "Música de Silencios" (poemas); "Los Espejos de más allá" (poemas). Actualmente es agregado cultural de nuestra Embajada en Lima (Perú).



EDUARDO ARROYO ALVAREZ. — Venezolano. Escritor, ensayista y periodista. Ha realizado una intensa y vasta labor en el campo de la cultura nacional y colaborado en los principales diarios del país, tales como "El Nacional" y "El Universal". Dirigió y prologó la edición de la obra "Disertación sobre el Endecasílabo" del humanista José Luis Ramos y es autor del libro "Dos Maestros de Venezuela".



JOSE ALI ROMERO BRICEÑO. — Venezolano. En 1949 se recibió de Médico Cirujano en nuestra Universidad Central y en 1952, previos los estudios correspondientes, optó al título de Médico Director de Hospitales. Durante cuatro años ha trabajado en el Consejo Informativo de Educación Alimenticia (CIDEA), donde desempeña actualmente el cargo de Sub-Director.



MONSEÑOR LUIS E. HENRIQUEZ. — Venezolano. Sacerdote de la poesia y poeta del sacerdocio, hizo sus estudios en el Seminario Interdiocesano de Caracas y en la Universidad Gregoriana de Roma donde obtuvo borlas de Doctor en Filosofía y Teología. Recibió la ordenación sacerdotal en la Basílica de San Juan de Letrán el Sábado Santo del año 1937. Es Secretario del Arzobispado de Caracas y ha publicado dos poemarios titulados: "Cantores del Camino" y "Escala de la Soledad".



GUSTAVO PADILLA GONZALEZ. — Venezolano. Ingeniero Agrónomo. Ha desempeñado los siguientes cargos: Ingeniero al Servicio de la Sección de Estudios Agronómicos de la Dirección de Obras de Riego del M. O. P., Jefe de la División de Extensión Agrícola en el M. A. C., Profesor de Hidrología Agrícola de la Facultad de Ingeniería Agronómica en nuestra Universidad Central. Es actualmente Jefe de la División de Estudios Agro-económicos de la Dirección de Obras de Riego del M. O. P.



EDOARDO CREMA. — Italiano desde mucho tiempo residente en Venezuela. Escritor, poeta y ensayista, crítico de arte y profesor universitario. En nuestro país ha desarrollado una copiosa labor en el campo educacional y en el de las letras. Merecen especial mención sus trabajos sobre nuestros grandes valores literarios, tales como: Andrés Bello, Francisco Lazo Martí, Juan Antonio Pérez Bonalde, Rómulo Gallegos, Antonio Arráiz, Arturo Uslar Pietri.



WILSON JOSE ROJAS. — Venezolano. Periodista de larga trayectoria, ha sido colaborador de los siguientes diarios nacionales: "Ahora", "El Heraldo", "La Esfera" y "El Nacional" y actualmente en las revistas "Cultura Universitaria" y "Producción", órgano esta última de la Cámara de Industriales de Caracas. Fué alumno-fundador de la Escuela de Periodismo de la Universidad Nacional de Quito (Ecuador) y, en la actualidad, cursa Ciencias Políticas en nuestra Universidad Central.